

AAU

AMERICAN ANDRAGOGY
UNIVERSITY



Historia de las teorías de la comunicación

Armand y Michèle Mattelart

Historia de las teorías de la comunicación



PAIDÓS

Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *Histoire des théories de la communication*
Publicado en francés por Éditions La Découverte, París

Traducción de Antonio López Ruiz y Fedra Egea

Cubierta de Mario Eskenazi

Obra publicada con la ayuda del Ministerio Francés de la Cultura

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1995 by Éditions La Découverte, París
© 1997 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
y Editorial Paidós, SAICF,
Defensa, 599 - Buenos Aires
<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-493-0344-3
Depósito legal: B-21.508/2003

Impreso en Europe, S. L.,
Lima, 3 - 08030 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Introducción	9
1. El organismo social	13
1. El descubrimiento de los intercambios y de los flujos	13
La división del trabajo	13
La red y la totalidad orgánica	15
La historia como desarrollo	16
2. La gestión de las multitudes	18
La estadística moral y el hombre medio	18
La psicología de las multitudes	19
2. Los empirismos del Nuevo Mundo	23
1. La escuela de Chicago y la ecología humana	23
La ciudad como «espectroscopio de la sociedad» ..	23
Diversidad y homogeneidad	26
2. La <i>Mass Communication Research</i>	28
Harold Lasswell y el impacto de la propaganda ...	28
La sociología funcionalista de los medios de comunicación	30

Una discrepancia teórica	32
El «doble flujo de la comunicación»	34
La decisión de grupo	37
Una voz disidente	39
3. La teoría de la información	41
1. Información y sistema	41
El modelo formal de Shannon	41
El enfoque sistémico de primera generación	44
2. La referencia cibernética	46
La entropía	46
El «colegio invisible»	47
4. Industria cultural, ideología y poder	51
1. La teoría crítica	52
Cuestión de método	52
La industria cultural	53
La racionalidad técnica	56
2. El estructuralismo	59
Una teoría lingüística	59
Una escuela francesa	61
Aparatos ideológicos de Estado y reproducción social	64
El dispositivo de vigilancia	66
La cosificación de la estructura	69
3. <i>Cultural Studies</i>	70
La cultura del pobre	70
El Centro de Birmingham	71
Hacia el estudio de la recepción	74
5. Economía política	77
1. La dependencia cultural	78
Integración mundial e intercambio desigual	78
El imperialismo cultural	79
La Unesco y el nuevo orden mundial de la comunicación	81
2. Las industrias culturales	83
La diversidad de la mercancía	83
De un sector industrial a la «sociedad global»	85
6. El regreso de lo cotidiano	89
1. El movimiento intersubjetivo	89
Etnometodologías	89
Actor/sistema: ¿el final de un dualismo?	92
El viraje lingüístico	95
El «actuar comunicativo»: Habermas	96

2. Etnografía de las audiencias	98
La cuestión del lector	98
<i>Cultural Studies</i> y estudios feministas	100
Usos y gratificaciones	102
El consumidor y el usuario: apuestas estratégicas ..	103
7. La influencia de la comunicación	107
1. La figura de la red	107
Crítica del difusionismo	107
Las ciencias cognitivas	110
2. Mundo y sociedades	112
El planeta híbrido	112
Hacia una nueva jerarquía del saber	116
Conclusión	125
Bibliografía	127
Índice de nombres	139

Introducción

La noción de comunicación abarca una multitud de sentidos. La proliferación de las tecnologías y la profesionalización de las prácticas no han hecho sino sumar nuevas voces a esta polifonía en un final de siglo que hace de la comunicación la figura emblemática de las sociedades del tercer milenio.

Situados en la confluencia de varias disciplinas, los procesos de comunicación han suscitado el interés de ciencias tan diversas como la filosofía, la historia, la geografía, la psicología, la sociología, la etnología, la economía, las ciencias políticas, la biología, la cibernética o las ciencias del conocimiento. Por otro lado, en el transcurso de su elaboración, este campo concreto de las ciencias sociales se ha visto acosado por la cuestión de su legitimidad científica. Esto ha llevado a buscar modelos de científicidad, adoptando esquemas propios de las ciencias de la naturaleza adaptados a través de analogías.

La presente obra trata de dar cuenta de la pluralidad y la fragmentación de este campo de observación científica que, histórica-

mente, se ha situado en tensión entre las redes físicas e inmateriales, lo biológico y lo social, la naturaleza y la cultura, los dispositivos técnicos y el discurso, la economía y la cultura, las micro y macro-perspectivas, la aldea y el globo, el actor y el sistema, el individuo y la sociedad, el libre albedrío y los determinismos sociales. La historia de las teorías de la comunicación es la de estos fraccionamientos y de los diferentes intentos de articular o no los términos de lo que con demasiada frecuencia aparece más bajo la forma de dicotomías y oposiciones binarias, que de niveles de análisis. Incansablemente, en contextos históricos muy distintos, con variadas fórmulas, estas tensiones y estos antagonismos, fuentes de medidas de exclusión, no han dejado de manifestarse, delimitando escuelas, corrientes y tendencias.

Esta persistencia fundamental invalida toda aproximación estrictamente cronológica a una historia de las teorías. Flujos y reflujos de problemáticas prohíben concebir esta trayectoria en forma lineal. La presente obra sigue un principio de planificación mínimo por orden de aparición de estas escuelas, corrientes o tendencias, y se propone insistir en el carácter cíclico de las problemáticas de las investigaciones. De pronto resurgen viejos debates sobre objetos y estrategias de estudio que durante largo tiempo habían parecido perfectamente resueltos, cuestionando modos de inteligibilidad, regímenes de verdad, hegemónicos durante décadas. Uno de los ejemplos más impresionantes es la arrolladora vuelta de la mirada etnográfica en los años ochenta, con ocasión de la crisis de las visiones totalizadoras de la sociedad.

Si la noción de comunicación plantea problemas, la de la teoría de la comunicación no le va a la zaga. También ésta genera discrepancias. En primer lugar, y a semejanza de lo que ocurre en numerosas ciencias del hombre y de la sociedad, la posición y la definición de la teoría de una u otra escuela o de una epistemología u otra se oponen enérgicamente. Además, la designación de «escuelas» puede resultar engañosa. Una escuela puede, en efecto, albergar numerosos componentes y distar mucho de poseer esa homogeneidad que su nombre parece atribuirle. Finalmente, se suele elevar el discurso sobre la comunicación al rango de teoría general sin inventario. Las brillantes fórmulas de Marshall McLuhan rozan el pesado utillaje filosófico de Jürgen Habermas, sin que pueda decirse quién de los dos ha turbado más las miradas sobre el entorno tecnológico.

Doctrinas de moda y predisposiciones a los neologismos metotóricos se consideran esquemas explicativos definitivos, lecciones

magistrales que borran a su paso los hallazgos de lenta acumulación, contradictoria y pluridisciplinaria, de conocimientos sobre el tema, con lo que se refuerza la impresión de frivolidad del objetivo. Tal vez en este campo del saber, más que en otros, el espejismo de pensar que se puede hacer tabla rasa de esta sedimentación, y que en esta disciplina, a diferencia de otras, todo está por crear, es poderoso.

1. El organismo social

El siglo XIX, siglo de la invención de sistemas técnicos de base de la comunicación y del principio del libre cambio, ha visto nacer nociones fundadoras de una visión de la comunicación como factor de integración de sociedades humanas. La noción de comunicación, centrada primero en la cuestión de las redes físicas y proyectada en el corazón mismo de la ideología del progreso, ha abarcado al final del siglo la gestión de multitudes humanas. El pensamiento de la sociedad como organismo, como conjunto de órganos que cumplen funciones determinadas, inspira las primeras concepciones de una «ciencia de la comunicación».

1. El descubrimiento de los intercambios y de los flujos

La división del trabajo

La «división del trabajo» representa un primer paso teórico. Hay que remontarse al final del siglo XVIII para encontrar en Adam Smith

(1723-1790) la primera formulación científica. La comunicación contribuye a organizar el trabajo colectivo en el seno de la fábrica y en la estructuración de los espacios económicos. En la *cosmópolis* comercial del *laissez-faire*, la división del trabajo y los medios de comunicación (vías fluviales, marítimas y terrestres) van parejas con la opulencia y el crecimiento. Inglaterra ha hecho ya su «revolución de la circulación», y ésta comienza a integrarse naturalmente en el nuevo paisaje de la revolución industrial en curso.

En cambio, en la misma época, Francia sigue en pos de la unificación de su espacio comercial interior. En este reino fundamentalmente agrícola, el discurso sobre las virtudes de los sistemas de comunicación es directamente proporcional al estado de las carencias. La diferencia entre la realidad y una teorización voluntarista de la domesticación del movimiento caracterizará durante largo tiempo las visiones francesas de la comunicación como vector del progreso y realización de la razón. Los primeros en expresarla son François Quesnay (1694-1774) y la escuela de los fisiócratas, inventores de la máxima «*laissez faire, laissez passer*», que el liberalismo retomará en la segunda mitad del siglo XIX. Fieles al postulado de la Ilustración, según la cual el intercambio tiene un poder creador, proclaman la necesidad, para el déspota ilustrado del reino agrícola, de liberar los flujos de bienes y de mano de obra, y de llevar a cabo una política de construcción y mantenimiento de las vías de comunicación, proponiendo el ejemplo de China.

Quesnay presta atención al conjunto de circuitos del mundo económico que trata de aprehender como un «sistema», una «unidad». Inspirándose en sus conocimientos sobre la doble circulación de la sangre, este médico imagina una representación gráfica de la circulación de las riquezas en un *Cuadro económico* (1758). De esta figura geométrica en zigzag, en la que se entrecruzan y se enredan las líneas que expresan los intercambios entre la tierra y el hombre por un lado, y entre las tres clases que componen la sociedad por otro, se desprende una visión macroscópica de una economía de los «flujos». La Revolución de 1789 libera estos flujos tomando una serie de medidas, tales como la adopción del sistema métrico, destinadas a apresurar la unificación del territorio nacional. El primer sistema de comunicación a distancia, el telégrafo óptico de Claude Chappe, se inaugura en 1793 con fines militares.

La división del trabajo y el modelo de flujos materiales alimentarán especialmente la escuela de la economía clásica inglesa, en especial los análisis de John Stuart Mill (1806-1873), que prefiguran «un modelo cibernético de los flujos materiales con los flujos

feedback del dinero como información» [Beniger, 1992]. El concepto de división del trabajo estimula igualmente los pensamientos de Charles Babbage (1792-1871) sobre la «división del trabajo mental», que lo llevan a elaborar sus proyectos de mecanización de las operaciones de la inteligencia, la «máquina de restar» y la «máquina analítica», precursora de las grandes calculadoras electrónicas que precedieron el invento del ordenador.

La red y la totalidad orgánica

Otro concepto clave es el de red. Claude Henri de Saint-Simon (1760-1825) renueva la lectura de lo social a partir de la metáfora de lo vivo. Es el advenimiento del pensamiento del «organismo-red» [Musso, 1990]. La «fisiología social» de Saint-Simon quiere ser una ciencia de la reorganización social que facilite el paso del «gobierno de los hombres» a la «administración de las cosas». Concibe la sociedad como un sistema orgánico, un entramado o tejido de redes, pero también como un «sistema industrial», administrado como una industria. En estrecha filiación con el pensamiento de los ingenieros de caminos, canales y puertos de su tiempo, concede un lugar estratégico al acondicionamiento del sistema de las vías de comunicación y a la puesta en marcha de un sistema de crédito. Al igual que en el caso de la sangre respecto del cuerpo humano, la circulación del dinero da a la sociedad-industria una vía unitaria.

De esta filosofía del industrialismo sus discípulos conservan una idea operativa para apresurar el advenimiento de lo que llaman la «edad positiva»: la función organizadora de la producción de las redes artificiales, las de la comunicación-transporte (las «redes materiales») y las del mundo financiero (las «redes espirituales»). Crean líneas de ferrocarril, sociedades de banca y compañías marítimas. Son maestros de obra de las grandes exposiciones universales.

El saint-simonismo simboliza el espíritu de empresa de la segunda mitad del siglo XIX. Acorde con los tiempos, su filosofía del progreso influye tanto en los folletines de Eugène Sue y sus ideas de reconciliación pacífica de los antagonismos sociales como en los relatos de anticipación de los mundos técnicos de Julio Verne.

En esta segunda parte del siglo, Herbert Spencer (1820-1903), ingeniero de ferrocarriles convertido a la filosofía, hace avanzar la reflexión sobre la comunicación como sistema orgánico. Su «fisiología social» —en ciernes en un escrito de 1852, siete años antes de la publicación de la obra principal de Darwin sobre *El origen de*

las especies, y formalizada a partir de 1870— lleva al extremo la hipótesis de la continuidad del orden biológico y del orden social. División fisiológica del trabajo y progreso del organismo van a la par. De lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo simple a lo complejo, de la concentración a la diferenciación, la sociedad industrial encarna la «sociedad orgánica». Una sociedad-organismo cada vez más coherente e integrada, donde las funciones son cada vez más definidas y las partes cada vez más interdependientes. En este todo-sistema, la comunicación es un componente básico de los dos «aparatos de órganos», el distribuidor y el regulador. A semejanza del sistema vascular, el primero (carreteras, canales y ferrocarriles) asegura la conducción de la sustancia nutritiva. El segundo asegura el equivalente de la función del sistema nervioso; posibilita la gestión de las relaciones complejas de un centro dominante con su periferia. Es la tarea de los informativos (prensa, solicitudes, encuestas) y del conjunto de los medios de comunicación gracias a los cuales el centro puede «propagar su influencia» (correos, telégrafo, agencias de prensa). Se comparan las noticias con descargas nerviosas que comunican un movimiento de un habitante de una ciudad al de otra.

La historia como desarrollo

Otra noción que da origen a un análisis de sistemas de comunicación es la de desarrollo. Spencer crea la sociología positivista en su versión inglesa. Algunas décadas antes que él, en su *Cours de philosophie positive*, elaborado entre 1830 y 1842, Auguste Comte (1798-1857), antiguo discípulo de Saint-Simon, había formulado las premisas de una ciencia positiva de las sociedades humanas, sin por ello prestar una atención especial a los órganos y aparatos de la comunicación. A diferencia de Spencer, que combinará la biología y la física de la energía y las fuerzas, Comte se contenta con la biología, aunque bautiza su proyecto sociológico «física social», «verdadera ciencia del desarrollo social». Conjuga el concepto de división del trabajo con las nociones de desarrollo, crecimiento, perfeccionamiento, homogeneidad, diferenciación y heterogeneidad, que, al igual que Spencer por cierto, toma directamente de la embriología, esa teoría del desarrollo de lo vivo animado. El organismo colectivo que es la sociedad obedece a una ley fisiológica de desarrollo progresivo.

La historia se concibe como la sucesión de tres estados o tres

edades: teológico o ficticio, metafísico o abstracto, y finalmente positivo o científico. Este último caracteriza la sociedad industrial, la era de la realidad, de lo útil, de la organización, de la ciencia y de la decadencia de las formas no científicas del conocimiento, aunque esta evolución esté lejos de ser sincrónica según las disciplinas.

La concepción biográfica de la historia, una historia necesaria, dividida en etapas, sin desvíos ni retornos, sin regresión, dominada por una idea de progreso lineal, es semejante a la que elaboran la etnología y la economía política en la segunda mitad del siglo XIX. El darwinismo social transforma este orden de sucesión cronológico escalonado en el orden moral, incluso en el orden de las razas. De forma general, muchos han encontrado en este tipo de periodización los argumentos que fijan para los pueblos llamados primitivos, los pueblos-niño necesitados de tutela, un horizonte de su desarrollo futuro, una trayectoria para su incorporación a la edad adulta: sólo el paso por los estadios a través de los cuales han transitado las naciones que se dicen civilizadas garantiza una evolución exitosa.

De esta representación del desarrollo de las sociedades humanas como «historia en trozos», según la expresión del historiador Fernand Braudel, emanan las primeras formulaciones de teorías difusionistas: el progreso sólo puede llegar a la periferia irradiado por los valores del centro. Estas teorías encontraron su banco de prueba en el choque de las culturas en la era de los imperios (1875-1914) y a sus principales artesanos en los etnólogos y los geógrafos. La sociología de la modernización y su concepción del «desarrollo», en la que los medios de comunicación desempeñan un papel estratégico, revitalizarán estas teorías después de la Segunda Guerra Mundial (véase el capítulo 2, 2).

Al final del siglo XIX, el modelo de biologización de lo social se ha transformado en la idea general para caracterizar los sistemas de comunicación como agentes de desarrollo y civilización [Mattelart A., 1994].

En 1897, el alemán Friedrich Ratzel (1844-1904) sienta las bases de la geografía política o geopolítica, ciencia del espacio y su control. «El Estado es un organismo anclado en el suelo», y esta ciencia se propone estudiar las relaciones orgánicas que el Estado mantiene con el territorio. Redes y circuitos, intercambio, interacción, movilidad son expresiones de la energía vital; redes y circuitos «vitalizan» el territorio. En esta reflexión sobre la dimensión espacial del poder, el espacio se convierte en el espacio vital.

2. La gestión de las multitudes

La estadística moral y el hombre medio

¿Cuál es la naturaleza de la nueva sociedad anunciada por la irrupción de las multitudes en la ciudad? En torno a esta cuestión se forma, en las dos últimas décadas del siglo XIX, la problemática de la «sociedad de masa» y de los medios de difusión de masa que son su corolario.

La masa se presenta como una amenaza real o potencial para toda la sociedad, y este riesgo justifica que se introduzca un dispositivo de control estadístico de los flujos judiciales y demográficos [Desrosières, 1993].

El astrónomo y matemático belga, Adolphe Quételet (1796-1874), funda hacia 1835 esta nueva ciencia de la mensuración social bautizada como «física social»; una ciencia cuya unidad de base es el «hombre medio» equivalente al centro de gravedad en el cuerpo, a partir del cual se pueden evaluar las patologías, las crisis y los desequilibrios del orden social. Quételet confecciona no sólo cuadros de mortalidad, sino también «cuadros de criminalidad» de los que intenta extraer un índice de «inclinación al crimen según el sexo», la edad, el clima, la condición social, para poner de manifiesto las leyes de un orden moral que sería paralelo al orden físico.

Quételet es el hombre de la institucionalización del cálculo de probabilidades. Anunciado por la «geometría del azar» de Pascal, el cálculo de probabilidades invita a un nuevo modo de gobierno de los hombres: la «sociedad aseguradora» [Ewald, 1986]. La tecnología del riesgo y la razón probabilista, ya en uso en la gestión de los seguros privados aplicados a la mortalidad, los riesgos marítimos o los incendios, se transfieren al campo político y se convierten en herramienta de gestión de los individuos tomados en masa. Durante este trayecto del derecho civil al derecho social, hacia la solidaridad y la interdependencia calculadas, emerge el principio del Estado-providencia que socializa las responsabilidades y reconduce todos los problemas sociales a cuestiones de riesgo. La noción de solidaridad escapa al discurso voluntarista de la caridad y la fraternidad para amoldarse al lenguaje de la necesaria interdependencia biológica de las células. Funda la seguridad de un individuo que se siente parte de un todo, al estar ligado por un contrato (y por tanto, una deuda) desde su nacimiento, así como funda la interdependencia de las naciones. La noción biomórfica de in-

terdependencia asienta a su vez la idea de una comunicación necesaria.

Medio siglo después del proyecto de cálculo de patologías sociales de Quételet, aparecen las ciencias criminales de la mensuración humana. Nomenclaturas e índices sirven a los jueces, los policías y los médicos forenses para codificar y cumplir su misión higienista de vigilancia y normalización de las clases llamadas peligrosas. Antropometría de Bertillon, biometría y eugenesia de Galton y antropología criminal de Lombroso concurren a la identificación del individuo, al establecimiento de «perfiles».

La tipología de los lectores hace su primera aparición en la gestión de los medios de comunicación desde la creación de las revistas femeninas en la penúltima década del siglo XIX en los Estados Unidos, y se perfecciona bajo el fordismo de los años veinte, pero hay que esperar a los años treinta para ver cómo se expresa la razón probabilista respecto a la racionalización de la comunicación de masa (véase el capítulo 2, 2).

La psicología de las multitudes

Los debates que surgen sobre la naturaleza política de una opinión pública liberada de las coacciones impuestas a la libertad de prensa y de reunión suscitan la aparición de la «psicología de las masas». La formulan el sociólogo italiano Scipio Sighele (1868-1913) y el médico psicopatólogo francés Gustave Le Bon (1841-1931). Tanto uno como otro suscriben una misma visión manipuladora de la sociedad.

El ensayo de Sighele, *La muchedumbre criminal*, publicado en Turín en 1891, extrapola la «psicología individual» a la «psicología colectiva». Bajo el concepto de «crímenes de la muchedumbre», Sighele agrupa todas las «violencias colectivas de la plebe», las huelgas obreras con disturbios públicos. En la muchedumbre, hay dirigentes y dirigidos, hipnotizadores e hipnotizados. Sólo la «sugestión» explica que los segundos sigan ciegamente a los primeros. Las nuevas «formas de sugestión» representadas por los órganos de la prensa, poco presentes en la primera edición de su obra, son ampliamente tratadas en la segunda, publicada en 1901, en la que Sighele describe al periodista (especialmente al de la «literatura de los procesos») como un dirigente, y a sus lectores como «la escayola en la que su mano deja su huella».

El contagio, la sugestión y la alucinación (palabras que indican la influencia del alienista Jean-Martin Charcot) transforman en autómatas, en sonámbulos a los individuos tomados de la masa. En términos muy similares (hasta el punto de haber sido acusado públicamente de plagio por Sighele), Le Bon analiza el comportamiento de las multitudes en *Psychologie des foules* (1985). Mientras que el sociólogo italiano comprende la revuelta de los desheredados, Le Bon, contrario a las ideologías igualitarias, condena todas las formas de lógica colectiva que interpreta como una regresión en la evolución de las sociedades humanas. Antes de tratar la psicología de las masas, había teorizado sobre la psicología de los pueblos, haciendo del factor racial un elemento determinante de la jerarquía de las civilizaciones. Su argumentación sobre el «alma de la muchedumbre», ente autónomo en relación con los individuos que la componen, es por tanto indisociable de sus análisis del «alma de la raza», del carácter impulsivo, no racional, de todos los «pueblos inferiores» y de su remanente en las sociedades civilizadas: los «niños y las mujeres».

El magistrado Gabriel Tarde (1843-1904) replica a estos autores que la edad de las muchedumbres pertenece ya al pasado y que la sociedad está entrando en la «era de los públicos». Al contrario que la muchedumbre, concierto de contagios psíquicos básicamente producidos por contactos físicos, el público o los públicos, producto de la larga historia de los medios de transporte y difusión, «progresan con la sociabilidad». Sólo se pertenece a una única muchedumbre al mismo tiempo. Se puede formar parte de varios públicos a la vez. Y esta complejidad obliga a investigar sus consecuencias sobre los destinos de los grupos (partidos, Parlamento, agrupaciones científicas, religiosas, profesionales). Ya no se trata de lamentarse de la apocalíptica vorágine de la «masa-populacho».

La noción de sugestión y sugestibilidad influye mucho en Tarde. Y queda ligado a estas nociones de imitación-contraimitación como vínculo social. Aunque también trata el otro motor de las relaciones sociales: el invento, la noción de imitación, deducida de una teoría social de gran riqueza conceptual, más adelante será a menudo deformada, aislada de su contexto y recordada como único factor determinante de la sociabilidad.

En 1921, Sigmund Freud (1856-1939) cuestiona los dos axiomas de la psicología de las masas: la exaltación de los sentimientos y la inhibición del pensamiento en la masa. Critica lo que llama la «tiranía de la sugestión», como explicación «mágica» de la transformación del individuo. Para aclarar la «esencia del alma de las masas» recurre al concepto de libido, que puso a prueba en el estu-

dio de las psiconeurosis. «Si el individuo aislado de la masa abandona su singularidad y se deja sugestionar por los demás, lo hace porque en él existe más la necesidad de estar de acuerdo con ellos que la de oponerse, y por tanto puede que después de todo lo haga "por el amor de ellos"» [Freud, 1921].

La psicología social de Tarde está en franca oposición con la sociología positiva de Émile Durkheim (1858-1917). Tarde le reprocha considerar los fenómenos sociales desligados de los sujetos conscientes que los representan y de tratarlos desde fuera como cosas exteriores. El objetivo de Tarde (dar cuenta de la naturaleza subjetiva de las interacciones sociales para evitar cosificar los hechos sociales) corre parejo con el proyecto de Georg Simmel (1858-1918). A una sociología organicista propensa a no ver en las conductas individuales más que reacciones a algo «dado», a «hechos sociales exteriores», el sociólogo alemán opone la idea de lo social procedente de los intercambios, de las relaciones y de las acciones recíprocas entre individuos, un movimiento intersubjetivo, una «red de afiliaciones». Frente a una sociología que define su objeto a partir de lo «instituido» y de las «estructuras», tales como el Estado, la familia, las clases, las iglesias, las corporaciones y los grupos de interés, Simmel se interesa por los «objetos menudos» de la vida colectiva diaria. Aquí es donde cree poder descubrir mejor este doble proceso paradójico que caracteriza lo social, hecho con estas realidades complementarias y concomitantes: la «asociación» y la «disociación». La primera, que expresa con la metáfora del puente (*Brücke*), corresponde a esta capacidad del individuo para asociar lo que está disjunto, disociado. La segunda, que traduce por la metáfora de la puerta (*Tür*), corresponde a la capacidad de desunir y le permite acceder a otro orden de significación [Javeau, 1986; Quéré, 1988].

Durante largo tiempo no se ha cuestionado la tradición durkheimiana en los países de habla francesa, en los que hasta los años ochenta ha eclipsado esta otra tradición sociológica y su análisis de las relaciones sociales como interacciones comunicativas.

Técnica y utopías

El final del siglo XIX es fértil en discursos utopistas. Lo imaginario de una técnica salvadora se va precisando. El geógrafo anarquista ruso Piotr Kropotkin y el sociólogo escocés Patrick Geddes ven en las redes eléctricas y sus virtudes descentralizadoras la promesa de una nueva vida comunitaria, la reconciliación de la labor y el ocio, del trabajo manual y el trabajo intelectual, de la ciudad y el campo. La edad neotécnica que siguió a la era paleotécnica, mecánica e imperial debe significar el advenimiento de una sociedad horizontal y transparente.

En *News from Nowhere* (1891), el británico William Morris describe las etapas de la futura sociedad de la abundancia comunista en una naturaleza reencontrada gracias a la revolución, en la que la razón es soberana. El primer estadio, el del socialismo, se caracterizará por un desarrollo inaudito del maquinismo que permitirá a los humanos entrar en la edad de oro del comunismo. Morris postula que sólo el cambio previo de la base material abrirá la era de la transformación de la cultura. Para acceder a la sociedad utópica, Morris (que es teó-

rico del arte, poeta, pintor y uno de los fundadores de la *Socialist League*) está dispuesto a aceptar un eclipse temporal del arte para recuperarlo en un mundo liberado de la opresión y de la corrupción capitalistas, en el que se reanudará con las fuentes puras y naturales de la belleza. La máquina estará ahí para evitar a la nueva humanidad todo tipo de trabajo desagradable y pesado. *

En 1888, el socialista de Nueva Inglaterra Edward Bellamy imaginaba en *Looking Backward (2000-1887)* una sociedad donde han nacionalizado las grandes industrias y donde la radio, ese «teléfono colectivo» cuya invención predica, se pone al servicio de la movilización de todos en el «ejército industrial» que conducirá a la sociedad de abundancia comunitaria.

En 1872, oponiéndose a una concepción instrumental y salvadora de la técnica, el pensador liberal inglés Samuel Butler publicaba *Erewhon*, anagrama de «No Where», el lugar de ningún sitio, es decir, la utopía, que planteaba el problema de la lenta metamorfosis de las subjetividades en el contexto del auge de la racionalidad técnica.

2. Los empirismos del Nuevo Mundo

Desde 1910, la comunicación en los Estados Unidos está vinculada al proyecto de construcción de una ciencia social sobre bases empíricas. La escuela de Chicago es su centro. Su enfoque micro-sociológico de los modos de comunicación en la organización de la comunidad armoniza con una reflexión sobre la función del instrumento científico en la resolución de los grandes desequilibrios sociales. La supremacía de esta escuela durará hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Los años cuarenta ven instaurarse otra corriente: la *Mass Communication Research*, cuyo esquema de análisis funcional desvía la investigación hacia medidas cuantitativas, en mejores condiciones para responder a la petición que emana de los gestores de los medios de comunicación.

1. La escuela de Chicago y la ecología humana

La ciudad como «espectroscopio de la sociedad»

Entre los miembros de la escuela de Chicago destaca una figura, la de Robert Ezra Park (1864-1944). Autor de una tesis doctoral

sobre «la masa y el público» (1903) preparada en Heidelberg, reportero ducho en grandes investigaciones periodísticas, militante de la causa negra, Park no se incorpora a la Universidad hasta 1913. Utiliza su práctica como periodista y concibe las encuestas sociológicas que realiza en los suburbios como una forma superior de reportaje. Ha seguido las enseñanzas de Georg Simmel, que reflexiona sobre la ciudad como «estado de ánimo» y que ve la base psicológica de la «personalidad urbana» en la «intensificación del estímulo nervioso», la «movilidad» y la «locomoción» [Simmel, 1903]. Es también uno de los introductores de Tarde en los Estados Unidos. Frente a la sociología especulativa de la Europa de entonces, que pretende edificar grandes sistemas, Tarde y Simmel aportan a los norteamericanos conceptos cercanos a las «situaciones concretas», susceptibles de ayudarlos a forjar instrumentos para el análisis de las «actitudes», de los «comportamientos».

El campo de observación privilegiado por la escuela de Chicago es la ciudad como «laboratorio social», con sus signos de desorganización, marginalidad, aculturación, asimilación; la ciudad como lugar de la «movilidad». Entre 1915 y 1935, las contribuciones más importantes de sus investigadores están dedicadas a la cuestión de la inmigración y a la integración de los inmigrantes en la sociedad norteamericana. Partiendo de estas comunidades étnicas, Park reflexiona sobre la función asimiladora de los periódicos (y, en especial, de las innumerables publicaciones extranjeras) sobre la naturaleza de la información, la profesionalidad del periodismo y la diferencia que lo distingue de la «propaganda social», o publicidad municipal [Park, 1922].

En 1921, Park y su colega E. W. Burgess dan a su problemática la denominación de «ecología humana», según un concepto inventado en 1859 por Ernest Haeckel. Este biólogo alemán define la ecología como la ciencia de las relaciones del organismo con el entorno, que abarca en sentido amplio todas las condiciones de existencia. Citando ampliamente las aportaciones de botánicos y zoólogos, y haciendo referencia a Spencer, Park y Burgess presentan su programa como un intento de aplicación sistemática del esquema teórico de la ecología vegetal y animal al estudio de las comunidades humanas.

Tres elementos definen una comunidad: una población organizada en un territorio, más o menos enraizada en éste, y cuyos miembros viven en una relación de interdependencia mutua de carácter simbiótico. En esta «economía biológica» (término que Park usa en ocasiones como sinónimo de ecología humana), la «lucha por

el espacio» es la que rige las relaciones interindividuales. Esta competición es un principio organizativo. En las sociedades humanas, competición y división del trabajo conducen a formas no planificadas de cooperación competitiva, que constituyen las relaciones simbióticas o el nivel «biótico de la organización humana». Este nivel «subsocietal» es la expresión de esta *web of life*, de esta red de la vida que «vincula a las criaturas vivas a través del mundo entero en un *nexo vital*». Esta «comunidad orgánica», cuya población se distribuye territorial y funcionalmente mediante la competición, puede ser observada en sus distintas fases o edades sucesivas [Park, 1936]. Park aplica este esquema para dar cuenta del «ciclo de relaciones étnicas» (competición, conflicto, adaptación, asimilación) en las comunidades de inmigrantes.

Park opone lo «biótico» a un segundo nivel, una especie de superestructura crígida sobre la «subestructura biótica» y que se impone a ella como «instrumento de dirección y de control»: el nivel social o cultural. De este nivel se hacen cargo la comunicación y el consenso (o el orden moral), cuya función consiste en regular la competición y permitir así a los individuos compartir una experiencia, unirse a la sociedad. La cultura es a la vez un cuerpo de costumbres y creencias y un cuerpo de artefactos e instrumentos o dispositivos tecnológicos. Este nivel no es competencia directa de la nueva ciencia ecológica.

La ecología humana concibe todo cambio que afecte a una división del trabajo existente o a las relaciones de la población con el suelo en el marco de una idea del equilibrio, la crisis y la vuelta al equilibrio: «Estudia los procesos por los que, una vez adquiridos, la “balanza biótica” y el “equilibrio social” se mantienen, así como aquellos por los cuales, tan pronto como uno y otro se ven perturbados, se opera la transición de un orden relativamente estable a otro» [Park, 1936].

La dicotomía original operada por la ecología humana entre lo biótico y lo social ha dado lugar a numerosas discusiones en el período de entreguerras. Muchos le han reprochado que cortara el proceso de competición de la matriz socio-cultural que define sus reglas, y que sucumbiera al determinismo biológico. En sus estudios sobre la sociabilidad en el seno del «tejido de la vida urbana», Park admite, por otra parte, la dificultad de trazar la línea de separación entre ambos. Dentro de su misma escuela, en la que convergen etnólogos, sociólogos, geógrafos y demógrafos, se expresan distintas posiciones sobre el enlace entre los dos niveles.

Charles S. Peirce, fundador del pragmatismo y de la semiótica

Lógico y matemático, Peirce (1839-1914) utiliza el pragmatismo como un método de clarificación conceptual para asentar las bases de una teoría de los signos o semiótica. El método pragmatista de empirismo radical es hostil a las abstracciones. Su desconfianza hacia las verdades universales lo impulsa a dar preferencia a una visión concreta de las cosas. Pero, paradójicamente, la obra de Peirce resulta tremendamente abstracta.

«Un signo o *representamen* es algo que representa algo para alguien según alguna relación o un título cualquiera.» Todo es signo. El universo es un inmenso *representamen*. De ahí, por otra parte, cierta vaguedad en la definición de Peirce del concepto de signo, ya que, para definir este último, habría que poder distinguir entre lo que es signo y lo que no lo es. De ahí también cierta dificultad para delimitar el campo disciplinario de la semiótica. «Todo pensamiento está en signos.» Pensar es manipular signos. El pragmatismo no es «sino una regla para establecer el sentido de las palabras». Paralelamente, la lógica se define como semiótica.

Todo proceso semiótico (*semiosis*) es una relación entre tres componentes: el propio signo, el objeto representado y el interpretante. «El signo (dice Peirce) se dirige a alguien; es decir, crea en la mente de esta persona un signo equivalente, o tal vez un signo más desarrollado. A este signo que crea, lo llamo interpretante del primer signo.» Esta relación se denomina «triádica». Una significación no es nunca una relación entre un signo y lo que el

signo significa (su objeto). La significación resulta de la relación triádica. En esta última, el interpretante cumple una función mediadora, de información, de interpretación o incluso de traducción de un signo por otro signo.

Según Peirce hay tres tipos de signos: el icono, el indicio (o índice) y el símbolo. El primero se parece a su objeto, como un modelo o un mapa. Es un signo poseedor del carácter que lo haría significativo incluso en el caso de que su objeto no tuviera existencia alguna, al igual que una raya a lápiz representa una línea geométrica. El indicio es un signo que perdería al instante el carácter que hace de él un signo si se suprimiera su objeto, pero que no perdería este carácter si no hubiera ningún interpretante. Ejemplo: una placa en la que hay un impacto de bala como signo de un disparo. Sin el disparo, no habría habido impacto; pero no cabe duda de que hay un impacto, se le ocurra o no a alguien la idea de atribuirlo a un disparo. El símbolo es un signo convencionalmente asociado a su objeto, como las palabras o las señales de tráfico. Perdería el carácter que hace de él un signo si no hubiese interpretante. Desde esta perspectiva, el pensamiento o el conocimiento es una red de signos capaces de autoproducirse *ad infinitum*.

(Sobre la introducción del pensamiento de Peirce en Francia, véanse Deledalle [1983], Tiercelin [1993]; y, sobre su aplicación al estudio de los medios de comunicación, Eco [1976]; Veron [1987]; Bougnoux [1987, 1993].)

Diversidad y homogeneidad

La metodología etnográfica (monografías de barrio, observación participante y análisis de historias de vida) propuesta para es-

tudiar las interacciones sociales está en la base de una microsociología que parte de las manifestaciones subjetivas del actor. Está al tanto de la filosofía norteamericana del pragmatismo del que entonces se valen, en el campo de las ciencias sociales, el pedagogo John Dewey (1859-1952) y el psicólogo George Herbert Mead (1863-1931).

Aunque el pragmatismo ha marcado al conjunto de la escuela de Chicago, ha influido sobre todo en Charles Horton Cooley (1864-1929), quien precedió a Park en el análisis de los fenómenos y de los procesos de comunicación. Cooley, que comenzó estudiando el impacto organizativo de los transportes, se dedicó más tarde a la etnografía de las interacciones simbólicas de los actores, siguiendo los pasos de Mead, y fue el primero en usar la expresión «grupo primario» para denominar a los grupos que «se caracterizan por una asociación y una cooperación íntima cara a cara. Son primarios en muchos sentidos, pero principalmente porque se encuentran en la base de la formación de la naturaleza social y de los ideales del individuo» [Cooley, 1909]. En la tensión entre la sociedad y el individuo, este nivel de análisis ya le parecía básico para evaluar los efectos del nuevo «orden moral» traído por las concentraciones urbanas e industriales y los nuevos medios de organización social que son los dispositivos de la comunicación psíquica y física. Criticaba así las interpretaciones unilaterales del proceso de urbanización que permitían creer en la desaparición de los grupos primarios y hacían abstracción de las interacciones entre las tendencias uniformadoras de la ciudad y lo vivido por sus habitantes.

La propia opción etnográfica está a su vez supeditada a una concepción del proceso de individuación, de la construcción del *self*. El individuo es capaz de una experiencia singular, única, que su historia vivida traduce, y está sometido al mismo tiempo a las fuerzas de la nivelación y la homogeneización de los comportamientos. Encontramos de nuevo esta ambivalencia de la personalidad urbana en la concepción que la escuela de Chicago tiene de los medios de comunicación, a la vez factores de emancipación, de ahondamiento en la experiencia individual y precipitadores de la superficialidad de las relaciones sociales y de los contactos sociales, de la desintegración. Si existe comunicación, es en virtud de las diversidades individuales. Y si bien es cierto que el individuo está sometido a las fuerzas de la homogeneidad, tiene sin embargo la capacidad de sustraerse a ella. Encontramos aquí la tensión subyacente en las investigaciones de Dewey, para quien la comunicación es al mismo tiempo la causa y el remedio de la pérdida de la comunidad social y de la democracia política [Dewey, 1927].

2. La *Mass Communication Research*

Harold Lasswell y el impacto de la propaganda

La primera pieza del dispositivo conceptual de la corriente de la *Mass Communication Research* data de 1927. Es el libro de Harold D. Lasswell (1902-1978) titulado *Propaganda Techniques in the World War*, que utiliza la experiencia de la guerra de 1914-1918, primera guerra «total». Los medios de difusión han aparecido como instrumentos indispensables para la «gestión gubernamental de las opiniones», tanto las de las poblaciones aliadas como las de sus enemigos, y, de forma más general, han avanzado considerablemente las técnicas de comunicación, desde el telégrafo y el teléfono al cine, pasando por la radiocomunicación. En adelante, para Lasswell, propaganda y democracia van de la mano. La propaganda constituye el único medio de suscitar la adhesión de las masas; además, es más económica que la violencia, la corrupción u otras técnicas de gobierno de esta índole. Simple instrumento, no es ni más moral ni menos inmoral que «la manivela de una bomba de agua». Puede ser utilizada tanto para fines buenos como malos. Esta visión instrumental consagra una representación de la omnipotencia de los medios de comunicación considerados como instrumentos de «circulación de los símbolos eficaces». La idea general que prevalece en la posguerra es que la derrota de los ejércitos alemanes tiene una deuda considerable con el trabajo de propaganda de los aliados. Se considera a la audiencia como un blanco amorfo que obedece ciegamente al esquema estímulo-respuesta. Se supone que el medio de comunicación actúa según el modelo de la «aguja hipodérmica», término forjado por el propio Lasswell para denominar el efecto o el impacto directo e indiferenciado sobre los individuos atomizados.

Esta hipótesis central choca con las teorías psicológicas en boga en aquella época: la psicología de las masas de Le Bon; el conductismo, inaugurado en 1914 por John B. Watson; las teorías del ruso Ivan P. Pavlov sobre el condicionamiento; los estudios de uno de los pioneros de la psicología social, el británico William Mc Dougall, que sostiene que sólo determinados impulsos primitivos, o instintos, pueden explicar los actos tanto de los hombres como de los animales, y confecciona el catálogo de estas fuerzas biológicas. Estos diferentes enfoques emplean métodos empíricos inspirados en las ciencias naturales.

Al acercarse el segundo conflicto mundial, numerosas obras contribuyen a alimentar la idea de la omnipotencia de los medios de comunicación y de la propaganda. Una de las más famosas es la del ruso emigrado a Francia, Serge Tchakhotine, cuyo título ilustra bien el horizonte mental de esa época: *Le Viol des foules par la propagande politique* (La violación de las masas por la propaganda política) (1939). Esta obra (dedicada por su autor a I. P. Pavlov, su «gran maestro», y a H. G. Wells, su «gran amigo» y «genial pensador del futuro») constituye un resumen del estado de los conocimientos sobre la materia. Por otra parte, de Wells era la novela fantástica *La guerra de los mundos* que Orson Welles escenificó la noche del 30 de octubre de 1938 en las ondas de la CBS, cuyo relato de ciencia-ficción sobre la «invasión de los marcianos» aterrizó a miles de crédulos norteamericanos: un fenómeno de pánico que un equipo de sociólogos de la Universidad de Princeton se apresuró a estudiar [Cantril, Gaudet y Herzog, 1940].

Politicólogo que imparte su docencia en la Universidad de Chicago, Lasswell se interesa básicamente por los temas de propaganda, opinión pública, asuntos públicos y elecciones. Su segundo estudio, *Psychopathology and Politics* (1930), se centra en el análisis de las biografías de los líderes reformadores y revolucionarios, cuya personalidad interpreta en función del grado de rebelión contra el padre. Los años treinta le ofrecen un laboratorio de primera clase para el estudio de la propaganda política. La elección de F. D. Roosevelt en 1932 supone el pistoletazo de salida del *New Deal* y de las técnicas de formación de la opinión pública. Se trata de movilizar a la población alrededor de los programas del *Welfare State* para salir de la crisis. Los sondeos de opinión salen a la luz como instrumentos de la gestión cotidiana de la cosa pública. Las encuestas preelectorales de Gallup, Roper y Crossley consiguen predecir la reelección del presidente Roosevelt en 1936. Un indicio de la formación de un campo de investigación, en 1937, es que la American Association for Public Opinion Research (AAPOR) crea *The Public Opinion Quarterly*, primera revista universitaria sobre las comunicaciones de masas.

Entre los temas de estudio de Lasswell, se encuentra en un segundo plano la ascensión, en los años treinta, de las estrategias de propaganda de las potencias del Eje por una parte, y de la Unión Soviética y el Komintern por otra. En 1935, propone en *World Politics and Personal Insecurity* el estudio sistemático del contenido de los medios de comunicación y la elaboración de indicadores con objeto de poner de manifiesto las tendencias (*trends*) de la *World*

Attention (es decir, los elementos que forman el «entorno simbólico mundial») y de construir políticas (*policy-making*). Consigue poner parcialmente en práctica este proyecto en 1940-1941, cuando se le confía la tarea de organizar la War Time Communication Study de la Biblioteca del Congreso.

La sociología funcionalista de los medios de comunicación

¿Quién dice qué por qué canal a quién y con qué efecto? Con esta fórmula que lo ha hecho famoso y que aparentemente está desprovista de ambigüedad, Lasswell dota, en 1948, de un marco conceptual a la sociología funcionalista de los medios de comunicación que, hasta entonces, sólo incluía una serie de estudios de carácter monográfico. Traducido en sectores de investigación, da respectivamente: «análisis del control», «análisis de contenido», «análisis de los medios de comunicación o soportes», «análisis de la audiencia» y «análisis de los efectos».

En la práctica se ha dado prioridad a dos puntos de este programa: el análisis de los efectos y, en estrecha correlación con éstos, el análisis del contenido que aporta al investigador elementos susceptibles de orientar su aproximación al público. Esta técnica de investigación aspira a la «descripción objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de las comunicaciones» [Berelson, 1952]. La observación de los efectos de los medios de comunicación en los receptores, la evaluación constante, con fines prácticos, de los cambios que se operan en sus conocimientos, sus comportamientos, sus actitudes, sus emociones, sus opiniones y sus actos, están sometidas a la exigencia de resultados formulada por quienes las financian, preocupados por evaluar la eficacia de una campaña de información gubernamental, de una campaña de publicidad o de una operación de relaciones públicas de las empresas y, en el contexto de la entrada en guerra, de las acciones de propaganda de los ejércitos.

Esta tradición de investigaciones enfocada hacia los efectos no espera a la petición de peritación comercial de los años treinta para dar una fisonomía propia a la «investigación norteamericana» sobre los medios de comunicación. En realidad, la preocupación por los efectos había nacido con la petición de peritación social en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, cuando, en un período de reformas sociales y para alimentar el debate público, comenzaron a desarrollarse investigaciones sobre la influencia de

los medios de comunicación en los niños y los jóvenes. En 1933, instituyendo una larga tradición de estudios sobre la cuestión de los medios de comunicación y de la violencia, apareció sobre este tema el informe en doce volúmenes Fundación Payne, en el que psicólogos, sociólogos y educadores eminentes se interrogaron sobre los efectos del cine en el conocimiento de las culturas extranjeras, las actitudes en relación con la violencia y el comportamiento delictivo. Alejándose del postulado de Lasswell, estas investigaciones ilustradas por el informe de la Fundación Payne ya pusieron en duda la teoría conductista del efecto directo de los mensajes sobre los receptores y prestaron atención a factores diferenciadores en la recepción de mensajes, tales como la edad, el sexo, el entorno social, las experiencias pasadas y la influencia de los padres [Wartella y Reeves, 1985].

Según Lasswell, el proceso de comunicación cumple tres funciones principales en la sociedad: «a) la vigilancia del entorno, revelando todo lo que podría amenazar o afectar al sistema de valores de una comunidad o de las partes que la componen; b) la puesta en relación de los componentes de la sociedad para producir una respuesta al entorno; c) la transmisión de la herencia social» [Lasswell, 1948].

Dos sociólogos, Paul F. Lazarsfeld (1901-1976) y Robert K. Merton (nacido en 1910), añaden a estas tres funciones una cuarta, el *entertainment* o entretenimiento, y complican el esquema distinguiendo la posibilidad de disfunciones, así como de funciones latentes y manifiestas. Aplicando las codificaciones genéricas propuestas por Merton en su obra-alegato para una sociología de inspiración funcionalista, *Social Theory and Social Structure* (1949), los dos autores conciben las funciones como consecuencias que contribuyen a la adaptación o al ajuste de un sistema dado, y las disfunciones como las molestias. Lo mismo sucede con la «disfunción narcotizadora» de los medios de comunicación, que engendra la apatía política de grandes masas de población. Las funciones impiden que las disfunciones precipiten la crisis del sistema. Las funciones manifiestas son las comprendidas y queridas por los que participan en el sistema, mientras que las latentes son las no comprendidas ni buscadas como tales. En este juego de funciones y disfunciones, el sistema social se comprende en términos de equilibrio y desequilibrio, de estabilidad e inestabilidad. Como observa el sociólogo Norbert Élias: «La noción de función descansa sobre un juicio de valor subyacente a las explicaciones de la noción y a su uso. El juicio de valor consiste en lo que involuntariamente se entiende por

función: las actividades de una parte que serían "buenas" para el todo, porque contribuyen al mantenimiento y a la integridad de un sistema social existente... Evidentemente, artículos de fe de tipo social se mezclan aquí con el análisis científico» [Élias, 1970].

Esta visión, formalizada en la posguerra por Merton y Lazarsfeld, se sitúa en la línea de las gestiones funcionalistas que adoptaron desde el periodo de entreguerras biólogos como Ludwig von Bertalanffy, uno de los precursores de la teoría de los sistemas (véase el capítulo 3), y etnólogos británicos como A. R. Radcliffe-Brown y Bronislaw Malinowski, fuertemente influidos por Durkheim. De estos últimos toma Merton el postulado de la unidad funcional de la sociedad.

Una discrepancia teórica

Merton y Lazarsfeld imparten su docencia en la Universidad de Columbia. Merton es ante todo un teórico del método sociológico y de la sociología de las ciencias, y sus incursiones en la sociología de los medios de comunicación son más escasas que las de su colega quien, aun teniendo también otros centros de interés, se ha dedicado considerablemente a este sector de las ciencias sociales. La historia del funcionalismo lo considera además uno de los cuatro «padres» de la *Mass Communication Research*, al mismo nivel que Lasswell y los psicólogos Kurt Lewin y Carl Hovland. Lazarsfeld fundó en 1941 el Bureau of Applied Social Research de la Universidad de Columbia. A este psicólogo austriaco, que había emigrado a los Estados Unidos en 1935, cercano al Círculo de Viena y formado en la investigación experimental, se confió desde 1938 la responsabilidad del *Princeton Radio Project*. Financiado por el psicólogo y director de la investigación de la red radiofónica CBS, Frank Stanton (que, en la era de la televisión, se convierte en su director general), y efectuado con su colaboración, este proyecto de investigación administrativa inauguró una línea de estudios cuantitativos sobre las audiencias. La colaboración entre los dos hombres da sobre todo lugar a la puesta a punto del «anализador de programas» (*program analyzer*) o «máquina de los perfiles» (*profile machine*), encargado de registrar las reacciones del oyente en términos de gusto, disgusto o indiferencia. Éste expresa su satisfacción pulsando el botón verde que tiene en su mano derecha y su descontento por medio del rojo que tiene en la izquierda. El hecho de no pulsar los botones equivale a la indiferencia. Los bo-

tones están conectados a un polígrafo en el que unas agujas trazan los altibajos de la reacción del oyente en un cilindro de papel que va girando. Bautizado como «análizador Lazarsfeld-Stanton», el procedimiento, creado para la radio, es rápidamente utilizado por los especialistas en el análisis de las reacciones del público de cine.

El proyecto de metodología empírica de Lazarsfeld, dominado por las encuestas repetidas en un mismo grupo de personas (paneles) sobre los efectos de los medios de comunicación, indica una voluntad de formalización matemática de los hechos sociales, y contrasta con sus estudios anteriores realizados en Austria, cuando se acercaba a los ideales socialistas. En efecto, al principio de los años treinta había realizado una encuesta sociológica sobre el paro en el pueblo austriaco de Marienthal. Había recurrido entonces a las historias vividas, a la observación participante [Lazarsfeld, Jahoda y Zeisel, 1933].

En su exilio norteamericano, Lazarsfeld se distancia de la tradición de compromiso social que la mayoría de los pensadores de la escuela de Chicago encarnan en los años treinta. Lo que cuestiona es la concepción misma que tenían de los medios de comunicación los pensadores influidos por la filosofía del pragmatismo, como Cooley y Park, que veían estos aparatos modernos como instrumentos para sacar a la sociedad de la crisis y conducirla hacia una vida más democrática. En Lazarsfeld no queda la menor huella de ese profetismo, sólo una actitud de «administrador», preocupado por poner a punto instrumentos de evaluación útiles, operativos, para los gestores de los medios de comunicación que estima neutrales. Contra la «investigación crítica», reivindica la «investigación administrativa» [Lazarsfeld, 1941]. Se perfila la idea de que una ciencia de la sociedad no puede tener como objetivo la construcción de una sociedad mejor, ya que el sistema de la democracia realmente existente, representado por los Estados Unidos, ya no necesita perfeccionarse. En la posguerra y bajo el maccarthysmo, pensar en perfeccionar el sistema o querer inventar otro resultaba sospechoso de tentación totalitaria. Esta toma de posición lo conduce a abstraer los procesos de comunicación de los modos de organización del poder económico y político.

La evolución de Lazarsfeld traduce un movimiento de fondo en las ciencias sociales en los Estados Unidos. A partir de 1935, el cuestionamiento de la supremacía de Chicago irá dando lugar a la aparición de otros polos universitarios y otras orientaciones teóricas: básicamente Harvard, que cuenta como figura emblemática con Tal-

cott Parsons (1902-1979), autor de *The Structure of Social Action* (1937), primer intento de creación de una ciencia social unificada sobre la base del funcionalismo, y Columbia, con Merton y Lazarsfeld. Ambos polos forman un eje alrededor del cual se construye una nueva concepción profesional del oficio de sociólogo; pero, en el proyecto de construcción del funcionalismo, no comparten necesariamente los mismos supuestos sobre la función de la investigación empírica. Aunque Parsons tiene en común con los dos investigadores de Columbia la idea de una ciencia social «neutral» (a saber, no partidista, no comprometida con el Estado-providencia) que es la ciencia democrática en esencia, a diferencia de Lazarsfeld y su equipo, que viven de contratos de financiación privados y públicos, el sociólogo de Harvard permanece deliberadamente al margen de alianzas con el poder económico y sus lógicas de mercado y, de forma más general, con la peritación. Esta diferencia tiene incidencias en la forma de considerar la teoría. A lo largo de su carrera, Parsons y su sociología de la acción reivindican una ciencia social estructural-funcionalista capaz, a juicio del sociólogo François Bourricaud, que la introdujo en Francia, de «superar las limitaciones propias de las ciencias sociales particulares y de captar los fenómenos sociales en la totalidad de sus relaciones recíprocas, una totalidad que ya no ha de presentarse como una suma de aspectos más o menos distintos, sino como un sistema de vínculos que definen la estructura de la interacción social» [Bourricaud, 1955]. La riqueza transdisciplinaria del pensamiento parsoniano contrasta con la posición de un Merton preocupado por preservar la prioridad de un programa de investigación operativa. Este último propone acumular una serie de «teorías de alcance medio», «teorías intermedias entre las hipótesis menores que surgen profusamente cada día con el trabajo cotidiano de la investigación y las vastas especulaciones que parten de un esquema maestro conceptual del que se espera deducir un gran número de regularidades del comportamiento social accesibles al observador» [Merton, 1949].

El «doble flujo de la comunicación»

En los años cuarenta y cincuenta, la historia de la sociología funcionalista de los medios de comunicación sitúa como una innovación el descubrimiento de un elemento intermediario entre el punto inicial y el punto final del proceso de comunicación. Cuestiona el principio mecanicista lasswelliano del efecto directo e indiferen-

ciado y, de rechazo, el argumento tautológico del «efecto masificador» de la «sociedad de masas». Dos importantes investigaciones señalan la aparición de esta nueva teoría de los intermediarios.

El primer estudio, *The People's Choice*, se publica en 1944. Lazarsfeld y sus colegas, Bernard Berelson y Hazel Gaudet pretenden medir la influencia de los medios de comunicación en 600 electores de Erie County en Ohio con ocasión de la campaña presidencial de 1940. El segundo, *Personal Influence: The Part Played by People in the Flow of Mass communication*, por Lazarsfeld y Elihu Katz, se publica en 1955, pero utiliza encuestas efectuadas diez años antes. Se trata del comportamiento de los consumidores de la moda y el ocio, en especial en la elección de películas. Estudiando los procesos de decisión individuales de una población femenina de 800 personas en una ciudad de 60.000 habitantes, Decatur, en Illinois, descubren de nuevo (como en el estudio anterior) la importancia del «grupo primario». Esto les hace comprender el flujo de comunicación como un proceso en dos etapas en el que la función de los «líderes de opinión» resulta decisiva. Es la teoría del *two-step flow*. En el primer escalón están las personas relativamente bien informadas por estar directamente expuestas a los medios de comunicación; en el segundo, las que frecuentan menos los medios de comunicación y que dependen de las otras para obtener la información.

En el terreno electoral, Lazarsfeld recurrió a la técnica del panel para estudiar los estadios sucesivos de la decisión «en proceso de formación». Este método y su presupuesto eran extensibles al proceso de adopción y de difusión de toda «innovación», ya sea la adopción de una máquina o un fertilizante por parte de los agricultores, un bien de consumo, una práctica sanitaria o una tecnología. Esta forma de ver orientó la investigación hacia el establecimiento de estos escalones, de estos *steps* sucesivos, por los que debía pasar cualquier adopción de un nuevo producto o de un nuevo comportamiento. Aparecieron modelos que codificaban los escalones (conciencia, interés, evaluación, prueba, adopción o rechazo) que sirvieron de marco para determinar los modos de comunicación, de masas o interpersonales, más aptos para producir la adopción de la innovación.

Estas preocupaciones convergían y se intercambiaban estos modelos con los que los especialistas en marketing proponían, como el modelo AIDA (captar la Atención, suscitar el Interés, estimular el Deseo, pasar a la Acción, o a la Compra). El intercambio entre la institución universitaria y la investigación privada es, por otra

Comunicación y desarrollo

En 1950, Daniel Lerner, profesor de ciencias políticas, encabeza un proyecto de estudios comunes entre el MIT, donde impartió su docencia, y el Bureau of Applied Social Research de Columbia, dirigido por Lazarsfeld. Financiado por la radio gubernamental, Voice of America, esta investigación tiene como objetivo evaluar en una zona de turbulencias políticas (seis países de Oriente Medio, incluido el Irán de Mossadegh) la exposición de las diversas categorías de sus habitantes a los medios de comunicación y sus opiniones sobre los asuntos locales, nacionales e internacionales, y calibrar sobre todo sus reacciones ante las emisiones de las radios de alcance internacional (BBC, Radio Moscú y la Voice). Los resultados de esta primera gran encuesta comparativa aparecen en 1958 bajo el título *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*, donde Lerner propone una tipología de las actitudes en relación con el «desarrollo», un proceso, como indica su título, de transición del Estado «tradicional» a un Estado de «modernización» que sólo puede tener su modelo en Occidente, donde la *empathy* (es decir, la movilidad psicológica propia de la personalidad moderna) había permitido sacudir el yugo de la pasividad y el fatalismo. Expuestos cinco años después del golpe de Estado contra el Primer ministro Mossadegh, derrocado por haber nacionalizado el petróleo, estos conceptos no son inocentes: legitiman una concepción del desarrollo.

Los años cincuenta y sesenta ven florecer una multitud de estudios que hacen operativa esta «teoría de la modernización hacia la cual convergen múltiples autores» [Schramm, 1964; Pool, 1963]. Todos vislumbran el final del subdesarrollo como el paso lineal de la «sociedad tradicional» a la «sociedad moderna», la primera de las cuales concentra todos los obstáculos mientras que la otra posee todas las bazas para lograr la realización de la «revolución de las esperanzas crecientes». El abandono de los valores de la primera y la adopción de los de la segunda sólo puede efectuarse con la condición de que cada joven na-

ción acepte que debe superar uno a uno todos los estadios, los escalones, por los que han pasado sus hermanas mayores de Occidente.

En esta movilización para la modernización, el medio de comunicación se convierte de forma completamente natural en el agente de modernización por excelencia, irradiando y desmultiplicando las actitudes modernas de la movilidad. El equipamiento con instrumentos tecnológicos es el testimonio de este progreso al alcance de todos.

En los años sesenta y la primera mitad del siguiente decenio, período de intensificación de los programas del departamento de Estado y sus distintas agencias así como de las fundaciones educativas, se realizan estudios operativos al servicio de políticas sectoriales de «difusión de las innovaciones» (adopción de los métodos anticonceptivos, adopción de técnicas agrícolas), concretamente en Iberoamérica y en Asia. Everett Rogers es su punta de lanza desde 1962, fecha en la que publica su primera obra sobre la cuestión, *The Diffusion of Innovations*. En ella se concibe el desarrollo-modernización como un «tipo de cambio social en el que se introducen nuevas ideas en un sistema social con objeto de producir un aumento de las rentas per cápita y de los niveles de vida a través de métodos de producción más modernos y de una organización social perfeccionada». De ahí se deducen estrategias de estudios y de acción con las tipologías de los objetivos y los escalones que han de superarse. Entre los campesinos, hay «innovadores», «adoptadores precoces», una «mayoría precoz», una «mayoría retrasada» y «rezagados».

Los especialistas en sociología de la comunicación rural de varios países del Tercer Mundo han reprochado a la teoría difusionista que haga caso omiso de las rígidas jerarquías y las relaciones de fuerza en el seno de sociedades profundamente segregadas en las que la formación de la decisión de adoptar o rechazar la idea «innovadora» y la definición del «líder de opinión» se encuentran fuertemente condicionadas por los mecanismos del poder [Beltran, 1976; Bordenave, 1976].

parte, permanente. El Bureau of Applied Social Research efectúa numerosos estudios que tratan sobre productos tan distintos como los cosméticos, el dentífrico y el jabón, el café instantáneo o la indumentaria masculina. Estudiantes formados por Lazarsfeld se convierten en los «gurús de la industria publicitaria». Como Ernst Dichter, originario de Viena y considerado el padre de la «investigación de motivación», o también la psicóloga Herta Herzog quien, contratada por una gran agencia neoyorquina, se convierte en una figura capital de la investigación motivacional del consumidor. Lazarsfeld, finalmente, no duda en discutir públicamente con sus discípulos sobre los métodos que habrán de utilizarse para explorar las conductas de los consumidores [Lazarsfeld y Rosenberg, 1955]. Así Dichter le reprocha la sobrevaloración de la encuesta y el cuestionario estructurado compuesto de ítem cerrados, en detrimento de los procedimientos clínicos, del psicoanálisis (entrevistas en profundidad o *depth interviews*, por ejemplo) y de la antropología cultural, a los que considera más en condiciones de delimitar la parte simbólica del acto de compra, es decir, la «imagen del producto» y la «imagen de marca». Le reprocha de hecho que se adhiera más a la tradición matemática de Adolphe Quételet que a la de Freud.

Lazarsfeld ejerció una influencia considerable en el extranjero. Concibió sus relaciones con la comunidad internacional como una «multinacional científica» [Pollak, 1979].

La decisión de grupo

Aunque el descubrimiento del grupo primario y del escalón intermedio por parte de Lazarsfeld y sus colaboradores resultaba inédito para el análisis funcional de los medios de comunicación, no lo era tanto para otros modos de enfocar la comunicación. En primer lugar, la noción de grupo primario es una parte integrante de la problemática de los miembros de la escuela de Chicago. Después está esa tradición de investigación de los «efectos directos» en los niños y los jóvenes que culmina en los Estados Unidos con el informe de la Fundación Payne, pero que había tenido un precursor en Alemania en la persona de uno de los primeros representantes de la psicología experimental, Hugo Munsterberg (1863-1916), que impartió clase en Harvard durante unos veinte años. Están también las primeras investigaciones de Elton Mayo, pionero de la psicología industrial que entre 1927 y 1932, en la búsqueda de

productividad de un taller de la Western Electric, vuelve a descubrir el papel de los grupos primarios y de las funciones latentes, en contra de las tesis taylorianas de la organización científica del trabajo.

Pero la hipótesis principal, que permite el giro anunciado por la primera investigación de Lazarsfeld sobre el voto político, deriva más directamente de los trabajos de Kurt Lewin (1890-1947). Originario de Viena como Lazarsfeld, Lewin funda en 1945 el centro de investigaciones de la dinámica de grupo en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) después de haber impartido clases durante más de diez años en la Universidad de Iowa, donde dirigía la Child Welfare Research Station. En 1935 había publicado *A Dynamic Theory of Personality*, y en el año siguiente, *Principles of Topological Psychology*.

Lewin estudia la «decisión de grupo», el fenómeno del líder, las «reacciones» de cada miembro en su seno ante un mensaje comunicado por diferentes conductos. El grupo cara a cara puede ser una familia o familias, una clase de alumnos, un club de chicos jóvenes, un grupo de trabajo, el personal de un hospital o bien un taller. El segundo conflicto mundial brinda al psicólogo la ocasión de probar estas leyes de conducta de grupo al servicio de la movilización en torno al esfuerzo de guerra en una economía de penuria. Se dedica a poner a punto estrategias de persuasión con objeto de cambiar las actitudes de las amas de casa sobre regímenes de alimentación. A lo largo de estos experimentos se va precisando la noción de *gatekeeper*, o controlador del flujo de información, función que asegura el «líder de opinión» informal.

Formado en ciencias físicas y matemáticas, Lewin introduce los conceptos de «topología» y «vectores» y hace un uso prolijo de diagramas, círculos, cuadrados, flechas, signos más y menos, para simbolizar o representar su «teoría del campo de experimentos». El «campo» es ese «espacio-vida», esa *Lebensraum*, donde tienen lugar los vínculos de un organismo y su entorno y en el que se define la conducta del individuo como resultante de sus relaciones con el medio físico y social que actúa sobre él y en el que se desarrolla. Cruzando las dimensiones mentales y físicas, el enfoque topológico analiza la forma en que las «fuerzas» o «vectores», de intensidad y dirección variadas, que se dan entre individuo e individuo entran en acción para tratar de resolver la «tensión» producida por ciertas necesidades en un organismo.

La aportación de la última de las figuras del cuarteto fundador del análisis funcional, el psicólogo del aprendizaje Carl Hovland

(1912-1961), no sigue en modo alguno la dirección trazada por Lewin. Se adhiere a los presupuestos lasswellianos de orientación conductista. Este investigador de la Universidad de Yale es conocido sobre todo por los estudios experimentales que realizó sobre la persuasión a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. Efectuados entre los soldados norteamericanos de los frentes del Pacífico y de Europa, pretendían medir la eficacia de algunas películas de propaganda aliadas, ilustrando las causas y los objetivos del conflicto, sus efectos en la moral de las tropas, su grado de información, y su actitud en combate. Estos estudios de laboratorio dieron lugar después de la guerra a una importante serie de investigaciones sobre los modos de mejorar la eficacia de la persuasión de masas, cuyos experimentos hicieron cambiar la «imagen del comunicador», la naturaleza del contenido y la puesta en situación del auditorio. Resultó un verdadero catálogo de recetas para uso del buen «persuasor» y del mensaje persuasivo eficaz, es decir, capaz de alterar el funcionamiento psicológico del individuo y de inducirlo a realizar actos deseados por el dador del mensaje.

Fundada al principio en una creencia en la omnipotencia de los medios de comunicación, la *Mass Communication Research* se esforzó más adelante en relativizar sus efectos en los receptores, pero nunca puso en duda la visión instrumental que había presidido el nacimiento de la teoría lasswelliana [Piemme, 1980; Beaud, 1984]. La próxima etapa será la de la teoría denominada *Uses an Gratifications* (véase el capítulo 6, 2).

Una voz disidente

Esta sociología de «burócrata» o de «funcionario de la inteligencia» se convierte, desde los años cincuenta, en el blanco de la crítica radical de C. Wright Mills (1916-1962), profesor en Columbia. Esta voz aislada, anunciadora de la rebelión universitaria del siguiente decenio, deja oír otro discurso sobre la comunicación «no positivista, en sintonía con el pulso, el latido y las texturas de la vida norteamericana» [Carey, 1983]. Por este motivo se considera a Wright Mills, muerto prematuramente, uno de los iniciadores de los *american cultural studies*, en un período histórico en que se forman las bases de los *Cultural Studies* británicos (véase el capítulo 4, 3).

Frente al predominio de una sociología que, desde el final de los años treinta, había perdido toda voluntad reformadora y se ha-

bía desviado hacia la ingeniería social limitándose a «examinar los problemas fragmentarios y vínculos causales aislados» y a responder al dominio del «triángulo del poder» (monopolios, ejército y Estado) al que pone en evidencia en *The Power Elite* (1956), el sociólogo disidente reivindica la vuelta a la «imaginación sociológica», título de una de sus obras publicada en 1959. Sin dejar de ser fiel a la tradición filosófica del pragmatismo y a su prolongación en el interaccionismo simbólico, Mills se muestra abierto a las aportaciones de un marxismo crítico. Sus análisis vuelven a conectar la problemática de la cultura con la del poder, la subordinación y la ideología, uniendo las experiencias personales vividas en la realidad cotidiana y los planteamientos colectivos que las estructuras sociales cristalizan.

Wright Mills se niega a disociar el ocio y el trabajo, a definir el ocio como «un problema especial en un terreno separado». Sustituye la noción neutral de «entretenimiento» propia del análisis funcional, que la priva de cualquier especificidad histórica y originalidad cultural, por una reflexión sobre el «ocio auténtico», que debería permitir el distanciamiento en relación con las múltiples formas de la cultura comercial. Un ocio que no haga del individuo un «robot alegre», satisfecho de su condición a pesar de la constante coacción de que es objeto por parte de un «aparato cultural cada vez más centralizado». En estos mismos años cincuenta, la pregunta fundamental a la que Wright Mills intenta dar respuesta es: ¿qué tipo de hombre y de mujer tiende a crear la sociedad? [Mills, 1963]. Es la misma pregunta que obsesiona al filósofo y sociólogo francés Henri Lefebvre (1901-1991) y a la que responde en una obra pionera sobre la modernidad hedonista comercial como horizonte de la felicidad humana, *Critique de la vie quotidienne* (cuyo primer tomo aparece en 1947, el segundo en 1962 y el tercero en 1981). Tanto uno como otro están de acuerdo, por otra parte, en denunciar la alienación de las sociedades representadas por las dos superpotencias a uno y otro lado del telón de acero.

3. La teoría de la información

A partir de los años cuarenta, la teoría matemática de la comunicación cumple una función de bisagra en la dinámica de transferencia y transposición de modelos científicos propios de las ciencias exactas. Basada en las máquinas de comunicar generadas por la guerra, la noción de «información» adquiere definitivamente su condición de símbolo calculable. Con ello se convierte en la divisa fuerte que asegura el libre cambio conceptual entre disciplinas.

1. Información y sistema

El modelo formal de Shannon

En 1948, el norteamericano Claude Elwood Shannon (nacido en 1916) publica una monografía titulada *The Mathematical Theory of Communication* en el marco de las publicaciones de investiga-

ciones de los laboratorios Bell System, filial de la empresa de telecomunicaciones American Telegraph & Telephone (ATT). Al año siguiente la Universidad de Illinois publica la monografía, comentada por Warren Weaver, coordinador, durante la Segunda Guerra Mundial, de la investigación sobre las grandes computadoras.

Matemático e ingeniero electrónico, Shannon se unió en 1941 a los laboratorios Bell, en los que, durante la guerra, trabajó sobre todo en criptografía. Con ocasión de este trabajo sobre los códigos secretos expone hipótesis que reaparecen en su teoría matemática de la comunicación.

Shannon propone un esquema del «sistema general de comunicación». El problema de la comunicación consiste, en su opinión, en «reproducir en un punto dado, de forma exacta o aproximada, un mensaje seleccionado en otro punto». En este esquema lineal en el que los polos definen un origen y señalan un final, la comunicación se basa en la cadena de los siguientes elementos constitutivos: la *fente* (de información) que produce un mensaje (la palabra por teléfono), el *codificador* o emisor, que transforma el *mensaje* en signos a fin de hacerlo transmisible (el teléfono transforma la voz en oscilaciones eléctricas), el *canal*, que es el medio utilizado para transportar los signos (cable telefónico), el *descodificador* o receptor, que *reconstruye el mensaje* a partir de los signos, y el *destino*, que es la persona o la cosa a la que se transmite el mensaje. El objetivo de Shannon es diseñar el marco matemático dentro del cual es posible cuantificar el coste de un mensaje, de una comunicación entre los dos polos de este sistema, en presencia de perturbaciones aleatorias, llamadas «ruido», indeseables porque impiden el «isomorfismo», la plena correspondencia entre los dos polos. Si se pretende que el gasto total sea el menor posible, se transmitirá por medio de signos convenidos, los menos onerosos.

Esta teoría es el resultado de trabajos que empezaron en los años diez con las investigaciones del matemático ruso Andrei A. Markov sobre la teoría de las cadenas de símbolos en literatura, prosiguieron con las hipótesis del norteamericano Ralph V. L. Hartley, que en 1927 propone la primera medida exacta de la información asociada a la emisión de símbolos, el precursor del *bit* (*binary digit*) y del lenguaje de la oposición binaria, y después con las del matemático británico Alan Turing, que concibe desde 1936 el esquema de una máquina capaz de tratar esta información. También precedieron a la teoría de Shannon los trabajos de John von Neumann, que contribuyó a construir la última gran computadora electrónica antes de la llegada del ordenador, puesta a punto entre 1944

y 1946 a petición del ejército norteamericano para medir las trayectorias balísticas, y las reflexiones de Norbert Wiener, fundador de la cibernética, esa ciencia del mando y el control que Shannon siguió.

Aunque el proceso de comunicación está relacionado con los vínculos que ponen en juego máquinas, seres biológicos u organizaciones sociales, responde a este esquema lineal que hace de la comunicación un proceso estocástico (es decir, afectado por fenómenos aleatorios) entre un emisor que es libre de elegir el mensaje que envía y un destinatario que recibe esta información con sus obligaciones; en todo caso ésta es la visión a la que llegan investigadores pertenecientes a numerosas disciplinas después de la publicación del texto de Shannon. De él toman las nociones de información, transmisión de información, codificación, descodificación, recodificación, redundancia, ruido disruptivo y libertad de elección. Con este modelo se transfiere el presupuesto de la neutralidad de las instancias «emisora» y «receptora» a las ciencias humanas que se valen de él. La fuente, punto de partida de la comunicación, da forma al mensaje que, transformado en «información» por el emisor que lo codifica, se recibe al otro lado de la cadena. Lo que llama la atención del matemático es la lógica del mecanismo. Su teoría no tiene en absoluto en cuenta el significado de los signos, es decir, el sentido que les atribuye el destinatario, ni la intención que preside su emisión.

Esta concepción del proceso de comunicación como línea recta entre un punto de partida y un punto de llegada impregnará escuelas y corrientes de investigación muy distintas, incluso radicalmente opuestas, sobre los medios de comunicación. Además de sustentar el conjunto del análisis funcional de los «efectos», influye profundamente en la lingüística estructural (véase el capítulo 4, 2). Las complejidades que la sociología de los medios de comunicación aporta a ese modelo formal de base al introducir en él otras variables [Osgood, 1957; Westley y McLean, 1957; Berlo, 1960; Schramm, 1955, 1970] respetan este esquema origen-fin. Lo refinan, pero sin modificar su naturaleza, que consiste en considerar la «comunicación» como evidente, como un dato en bruto.

El modelo finalizado de Shannon ha inducido un enfoque de la técnica que la reduce al rango de instrumento. Esta perspectiva excluye cualquier problematización que defina la técnica en términos que no sean de cálculo, planificación y predicción.

El enfoque sistémico de primera generación

La emergencia de la noción de «información» es indisociable de las investigaciones de los biólogos. Cuando Shannon formuló su teoría matemática de la comunicación, el vocabulario de la información y del código acababan de efectuar una entrada notable en la biología. En 1943, Erwin Schrödinger (1887-1961) lo utiliza para explicar los modelos de desarrollo del individuo contenidos en los cromosomas. Desde esta fecha, la capacidad de organización de la analogía de la información acompañará todos los grandes inventos de esta ciencia de la vida: descubrimiento del ADN como soporte de la herencia (1944) por el norteamericano Oswald Avery; descubrimiento de su estructura en doble hélice (1953) por el inglés Francis Crick y el norteamericano James Watson; trabajos sobre el código genético de los tres Nobel franceses (1965) François Jacob, François Lwoff y Jacques Monod. Para formular su teoría, Shannon toma claramente términos propios de la biología del sistema nervioso. A su vez, la teoría matemática de la comunicación proporciona a los especialistas en biología molecular un marco conceptual para dar cuenta de la especificidad biológica, del carácter único del individuo [Jacob, 1970].

En 1933, en una obra titulada *Modern Theories of Development*, el biólogo Ludwig von Bertalanffy establecía las bases de lo que formalizaría en la posguerra como la «teoría de los sistemas», una teoría cuyos principios han proporcionado un instrumento de acción con fines estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial. Bertalanffy usa el término «función» relacionándolo con los «procesos vitales u orgánicos en la medida en que contribuyen al mantenimiento del organismo». El sistemismo y el funcionalismo comparten por tanto un mismo concepto fundamental: el de función, que denota la primacía del todo sobre las partes.

La ambición del sistemismo consiste en atender a la globalidad, a las interacciones entre los elementos más que a las causalidades, en comprender la complejidad de los sistemas como conjuntos dinámicos con relaciones múltiples y cambiantes.

Las ciencias políticas constituyen uno de los primeros campos de aplicación del sistemismo a las problemáticas de la comunicación de masas. La vida política se considera como un «sistema de conducta»; el sistema se distingue del entorno social en el que se encuentra y está abierto a sus influencias; las variaciones acusadas en las estructuras y los procesos dentro de un sistema pueden interpretarse como esfuerzos realizados por los miembros del sistema

con objeto de regular o afrontar una tensión que puede proceder tanto del entorno como del seno del sistema; la capacidad que este último tiene de dominar la tensión depende de la presencia y de la naturaleza de la información que regresa (*feedback*) a los actores y a los que toman las decisiones. La política se concibe como un sistema de entradas y salidas (*input-output*, acción/retroacción) labrado por interacciones con su entorno y que responde adaptándose mejor o peor a él. Las respuestas del sistema dependen de la rapidez y de la exactitud de la recolección y del tratamiento de la información. Esta caracterización del enfoque sistemista es obra del politólogo norteamericano David Easton en *A Framework for Political Analysis* (1965), una obra significativa del progreso de la información como instrumento de investigación para el estudio comparado de las formas políticas. Otro politólogo de la misma nacionalidad, Karl W. Deutsch, emprendía en los años cincuenta este proceso de apropiación de la referencia de la información y la aplicaba a las relaciones internacionales (*Nationalism and Social Communication*, 1953). Diez años más tarde presentaba otra aplicación del esquema sistémico en *The Nerves of Government. Models of Political Communication and Control*.

Investigadores conocidos más directamente como teóricos de la comunicación de masas y de la opinión pública descubren entonces las virtudes del modelo sistémico y lo aplican en sus estudios sobre el proceso de formación de las decisiones políticas [Lasswell, 1963; Bauer, Pool y Dexter, 1964]. En el horizonte de estas preocupaciones surge una reflexión operativa situada en el contexto de la guerra fría: el equilibrio del poder, la seguridad colectiva, el gobierno mundial. La presión de la peritación es tan fuerte que Ithiel de Sola Pool, profesor en el MIT, no duda en dedicarse plenamente, a petición del Pentágono, a la formulación de un modelo (*Agile-Coin*) que alimente las estrategias contrainsurreccionales (*Coin* es la contracción de *Counterinsurgency*) en el sudeste de Asia y en América Latina.

El modelo sistémico tiene otras consecuencias menos determinadas por el contexto internacional. En esos mismos años sesenta, por ejemplo, permite al norteamericano Melvin de Fleur hacer más complejo el esquema lineal de Shannon resaltando la función desempeñada por la «retroalimentación» (*feedback*) en el «sistema social» que los medios de comunicación de masa en su conjunto constituyen. «Cada uno de los medios de comunicación (postula) es en sí mismo un sistema social independiente, pero todos están vinculados *entre sí* de forma sistemática» [De Fleur, 1966]. Cada

uno de estos conjuntos se representa con sus dos «subsistemas», encargados respectivamente de la «producción» y la «distribución», cada uno de los cuales implica a diversos actores con sus distintos «sistemas de funciones». Entre estos actores, destacan sobre todo las agencias de publicidad, las sociedades de estudios de mercado y de medida de la audiencia, y los organismos de regulación y de arbitraje. La preservación del «equilibrio del sistema» condiciona los contenidos. En la primera mitad de los años setenta, Ithiel de Sola Pool hace progresar la teoría de los sistemas aplicándola al análisis de nuevos planteamientos de organización de la vida política, posibilitados por el desarrollo de la tecnología de la televisión por cable [Pool, 1974].

En Francia, Abraham Moles (1920-1992), ingeniero y matemático, sitúa su proyecto de «ecología de la comunicación» a la vez bajo el signo de la teoría matemática de Shannon y de los análisis de Norbert Wiener. La comunicación se define como «la acción de hacer participar a un organismo o a un sistema situado en un punto dado R en las experiencias (*erfahrungen*) y estímulos del entorno de otro individuo o sistema situado en otro lugar y otro tiempo, utilizando los elementos de conocimiento que tienen en común». La ecología de la comunicación es la ciencia de la interacción entre especies diferentes en un ámbito dado. Las «*especies de comunicación*», próxima o lejana, fugaz o registrada, táctil o auditiva, personal o anónima, son especies que reaccionan efectivamente entre sí en el espacio cerrado de las veinticuatro horas de la cotidianidad o el espacio social del planeta» [Moles, 1975]. Esta ecología debería abarcar dos ramas diferentes. La primera tiene como unidad el ser individual y se ocupa de la interacción de las modalidades de su comunicación en su esfera tiempo, la de su balance-tiempo, y su esfera espacio, la de los trayectos en un territorio. La segunda rama se refiere a la organización de los sistemas de transacción entre seres, a la inervación de la logosfera, al condicionamiento del planeta por múltiples canales que ponen los mensajes en circulación y a la sedimentación de estos últimos en los lugares mnemónicos, como archivos o bibliotecas.

2. La referencia cibernética

La entropía

En 1948, año en que aparece la primera versión de la teoría de Shannon, su ex profesor Norbert Wiener publica *Cybernetics or*

Control and Communication in the Animal and Machine. Allí vislumbra la organización de la sociedad futura sobre la base de esa nueva materia prima en que pronto consistirá, según él, la «información». Si bien manifiesta desear el advenimiento de este nuevo ideal de una «sociedad de la información», esa «nueva utopía» [Breton y Proulx, 1989; Breton, 1992], no por ello deja de llamar la atención sobre los riesgos de su perversión. La entropía, esa tendencia que tiene la naturaleza a destruir lo ordenado y a precipitar la degradación biológica y el desorden social, constituye la amenaza fundamental. La información, las máquinas que la tratan y las redes que éstas tejen son las únicas capaces de luchar contra esta tendencia a la entropía. «La cantidad de información de un sistema es la medida de su grado de organización (escribe Wiener); la entropía es la medida de su grado de desorganización; una es el reverso de la otra.»

La información debe poder circular. La sociedad de la información sólo puede existir a condición de que haya un intercambio sin trabas. Es incompatible por definición con el embargo o la práctica del secreto, las desigualdades de acceso a la información y la transformación de esta última en mercancía. El avance de la entropía es directamente proporcional al retroceso del progreso. A diferencia de Shannon, que se guarda de hacer comentarios sobre la evolución de la sociedad, Wiener, aún bajo la conmoción de esa vuelta a la barbarie que supuso el segundo conflicto mundial, no duda en denunciar los riesgos de la entropía, condenando tajantemente estos «factores antihomeostáticos» que son en la sociedad las intensificaciones del control de los medios de comunicación. Porque «este sistema, que más que cualquier otro debería contribuir a la homeostasis social, ha caído directamente en manos de aquellos que se preocupan ante todo del poder y del dinero».

El «colegio invisible»

Desde los años cuarenta, un grupo de investigadores norteamericanos venidos de horizontes tan distintos como la antropología, la lingüística, las matemáticas, la sociología o la psiquiatría, se muestran contrarios a la teoría matemática de la comunicación de Shannon que se estaba imponiendo como referencia maestra. La historia de este grupo, identificado como el «colegio invisible» o la «escuela de Palo Alto» (por el nombre de la pequeña ciudad del sur de las afueras de San Francisco), comienza en 1942 impulsada

por el antropólogo Gregory Bateson, que se asocia con Birdwhistell, Hall, Goffman, Watzlawick, etc. Desviándose del modelo lineal de comunicación, trabajan a partir del modelo circular retroactivo propuesto por Norbert Wiener. Ponen de relieve que la teoría matemática, concebida por ingenieros de telecomunicaciones, debe reservarse para éstos y que la comunicación debe ser estudiada por las ciencias humanas a partir de un modelo que le sea propio. Yves Winkin resume bien la diferencia de posiciones: «Según ellos, la complejidad de la más mínima situación de interacción es tal que resulta inútil querer reducirla a dos o más "variables" trabajando de forma lineal. Hay que concebir la investigación en materia de comunicación en términos de nivel de complejidad, de contextos múltiples y de sistemas circulares» [Winkin, 1981]. En esta visión circular de la comunicación, el receptor desempeña una función tan importante como el emisor. Tomando conceptos y modelos de la gestión sistémica, pero también de la lingüística y la lógica, los investigadores de la escuela de Palo Alto intentan dar cuenta de una situación global de interacción y no sólo estudiar algunas variables tomadas aisladamente. Así, se basan en tres hipótesis. La esencia de la comunicación reside en procesos de relación e interacción (los elementos cuentan menos que las relaciones que se instauran entre los elementos). Todo comportamiento humano tiene un valor comunicativo (las relaciones, que se corresponden y se implican mutuamente, pueden enfocarse como un vasto sistema de comunicación); observando la sucesión de los mensajes reubicados en el contexto horizontal (la secuencia de los mensajes sucesivos) y en el contexto vertical (la relación entre los elementos y el sistema), es posible extraer una «lógica de la comunicación» [Watzlawick, 1967]. Por último, los trastornos psíquicos reflejan perturbaciones de la comunicación entre el individuo portador del síntoma y sus allegados.

A la noción de comunicación aislada como acto verbal consciente y voluntario, que sustenta la sociología funcionalista, se opone la idea de la comunicación como proceso social permanente que integra múltiples modos de comportamiento: la palabra, el gesto, la mirada, el espacio interindividual. Así, estos investigadores se interesan por la gestualidad (quinésica) y el espacio interpersonal (proxémica) o muestran que las faltas del comportamiento humano son reveladoras del entorno social. El análisis del contexto gana por la mano al del contenido. Concebida la comunicación como un proceso permanente a varios niveles, el investigador debe, para

captar la emergencia de la significación, describir el funcionamiento de diferentes modos de comportamiento en un contexto dado.

En 1959 uno de los miembros de este grupo, Edward T. Hall, publica una primera obra titulada *The Silent Language*. Partiendo de observaciones personales efectuadas durante la guerra como oficial de un regimiento compuesto por negros y más tarde como formador del personal diplomático, analiza la dificultad de las relaciones interculturales y pone de relieve los múltiples lenguajes y códigos, los «lenguajes silenciosos», propios de cada cultura (los lenguajes del tiempo, del espacio, de las posesiones materiales, de las modalidades de amistad, de las negociaciones de acuerdos) sentando así las bases de la proxémica. Todos los lenguajes informales están en el origen de los «choques culturales», de las incomprendiciones y de los malentendidos entre personas que no comparten los mismos códigos, que no atribuyen, por ejemplo, a la reglas de organización del espacio o de gestión del tiempo la misma significación simbólica.

Hay que esperar a la crisis de los modelos macrosociológicos, contemporánea de la vuelta a los espacios de proximidad, para ver por fin reconocida, en los años ochenta, la contribución decisiva del conjunto de la escuela de Palo Alto a una teoría sobre los procesos de comunicación como interacciones.

«No se puede no comunicar»

En 1977, en una conversación con Carol Wilder publicada en *Journal of Communication* (vol. 28, n. 4, 1978), Paul Watzlawick precisaba el sentido de algunos de sus análisis.

Wilder: El primer axioma de su *Pragmática* («No se puede no comunicar») remite a las dimensiones tácitas de la comunicación. Pero algunos sostienen que extiende las fronteras de lo que constituye la comunicación más allá de sus bases útiles y significativas.

Watzlawick: Este argumento se reduce a la pregunta: «¿Es la intencionalidad un ingrediente esencial de la comunicación?». Si está usted interesada en el intercambio de información a un nivel llamado consciente o voluntario, delibe-

rado, la respuesta es efectivamente «Sí». Pero si adopta usted nuestro punto de vista y afirma que todo comportamiento en presencia de otra persona es comunicación, debe usted llevar el axioma más lejos.

Le daré un ejemplo. Hace algunos años asistí a un simposio sobre comunicación en las Montañas Rocosas, y me alojé en un hotel formado por *bungalows*, con dos habitaciones cada uno. El tabique era más bien delgado, y uno de mis amigos y colega ocupaba la habitación vecina. Un día, después del almuerzo, durante la siesta, aún no me había dormido cuando lo oí entrar en su habitación. Empezó entonces a hacer lo que parecía ser un baile de claqué. Compre-

dí que él no sabía que yo estaba en mi habitación, pero este comportamiento influía tremendamente en el mío porque yo sabía que él debía de pensar que estaba solo. En consecuencia, tuve que quedarme tumbado, inmóvil, hasta que él salió, porque si me hubiese movido se habría sentido muy apurado. Ahí había por tanto una absoluta falta de intencionalidad, pero, en la medida en que me afectaba a *mí*, la situación tenía un impacto enorme en mi comportamiento y significaba una molestia.

Wilder: Preguntándolo a la inversa: ¿existe algún comportamiento que no definiría usted como comunicación?

Watzlawick: Si no hay nadie alrededor, se topa usted con la vieja pregunta:

«Cuando un árbol cae en el bosque, ¿hace ruido si no hay nadie allí para oírlo?». Para que la comunicación pueda tener lugar, es necesario que al menos haya otra persona.

Puede haber algo que se asemeje a comunicación en el caso de las «introyecciones», según el término del psicoanálisis. Puedo dialogar mentalmente con una persona que ocupa un lugar significativo en mi vida. Pero no es eso lo que me interesa. No porque no piense que esto exista, sino más bien porque no creo que pueda, razonablemente, usarse o medirse... Hablo como alguien que quiere hacer terapia. Mi interés prioritario no son los aspectos puramente esotéricos de una cosa. Lo que me interesa es su utilidad.

4. Industria cultural, ideología y poder

La sociología funcionalista consideraba los medios de comunicación, nuevos instrumentos de la democracia moderna, como mecanismos decisivos de la regulación de la sociedad y, en este contexto, no podía sino defender una teoría acorde con la reproducción de los valores del sistema social, del estado de cosas existente. Escuelas de pensamiento crítico van a reflexionar sobre las consecuencias del desarrollo de estos nuevos medios de producción y de transmisión cultural, negándose a creer a pies juntillas la idea de que, con estas innovaciones técnicas, la democracia sale necesariamente ganando. Descritos y aceptados por el análisis funcional como mecanismos de ajuste, los medios de comunicación resultan sospechosos de violencia simbólica y son temidos como medios de poder y de dominación.

Inspirados por un marxismo en ruptura con la ortodoxia, los filósofos de la escuela de Francfort, exiliados en los Estados Unidos, se inquietan por el devenir de la cultura desde los años cuarenta. Una veintena de años más tarde el movimiento estructuralista,

nacido en Francia, opone al método empirista el redescubrimiento de la ideología. En Gran Bretaña, en esos mismos años sesenta, el grupo de Birmingham inaugura los *Cultural Studies*.

1. La teoría crítica

Cuestión de método

En la época de la República de Weimar, algunos intelectuales, entre ellos el filósofo Max Horkheimer y el economista Friedrich Pollock, fundan el «Instituto de investigación social», afiliado a la Universidad de Francfort. Es la primera institución alemana de investigación de orientación abiertamente marxista. Los estudios iniciales tienen como objeto la economía capitalista y la historia del movimiento obrero. Cuando en 1930 Horkheimer (1895-1973), a quien se acababa de otorgar una cátedra de Filosofía social en la Universidad, toma la dirección del Instituto, imprime un nuevo rumbo al programa. El Instituto se implica en la crítica de la práctica política de los dos partidos obreros alemanes (comunista y social-demócrata) atacando su óptica «economista». El método marxista de interpretación de la historia se ve modificado por instrumentos tomados de la filosofía de la cultura, de la ética, de la psicología y de la «psicología de las profundidades». El proyecto consiste en unir a Marx y a Freud.

En la misma época y de forma aislada, el psicoanalista austriaco Wilhelm Reich desarrolla sus ensayos sobre la psicología de masas del fascismo, que constituyen el primer enfoque freudo-marxista de los mecanismos de la gestión simbólica en un régimen autoritario [Reich, 1933]. Sus tesis son rechazadas por el movimiento comunista internacional y Reich es expulsado del Partido Comunista alemán.

Con la toma del poder por parte de Hitler, despiden a Max Horkheimer y, con él, a todos los miembros fundadores judíos del Instituto. Financiado desde sus orígenes por hombres de negocios de la comunidad judía, que asegurarán su independencia, el Instituto sobrevive. Sus fondos se transfieren a los Países Bajos. Se crean sucursales en Ginebra, Londres y París, pero el único establecimiento que resultará ser un lugar estable para los investigadores exiliados es la Universidad de Columbia, que les cede uno de sus edificios. Max Horkheimer, Leo Löwenthal y, a partir de 1938, Theodor Adorno (1903-1969) trabajaron allí.

Musicólogo a la par que filósofo, este último responde a la invitación de Paul Lazarsfeld, que le ofrece colaborar en un proyecto de investigación sobre los efectos culturales de los programas musicales de la radio, en el marco de la Princeton Office of Radio Research, una de las primeras instituciones permanentes del análisis de los medios de comunicación. Este primer proyecto de investigación en tierras norteamericanas es financiado por la Fundación Rockefeller. Lazarsfeld, a través de esta colaboración, confía en «desarrollar una convergencia entre la teoría europea y el empirismo norteamericano». Espera que la «investigación crítica» «revitalice» la «investigación administrativa». Esta esperanza se verá frustrada. La colaboración llega a su fin en 1939. La oposición de dos modos de pensar se revela insuperable. Adorno se niega a plegarse al catálogo de preguntas propuestas por el patrocinador, que, según él, encierra el objeto de la investigación en los límites del sistema de radio comercial en vigor en los Estados Unidos y que obstaculiza el «análisis de este sistema», sus consecuencias culturales y sociológicas y sus presupuestos sociales y económicos. En una palabra, un catálogo que deja en la sombra el «qué», el «cómo» y el «por qué». «Cuando se me planteó (contará más tarde) la exigencia de “medir la cultura”, vi que la cultura debía ser precisamente aquella condición que excluye una mentalidad capaz de medirla» [Adorno, 1969].

Horkheimer comparte con Adorno ese sentimiento de profunda incompatibilidad, de naturaleza epistemológica: «La necesidad de limitarse a datos seguros y ciertos, la tendencia a desacreditar como “metafísica” toda investigación sobre la esencia de los fenómenos corre el riesgo de obligar a la investigación social empírica a restringirse a lo no esencial en nombre de lo que no puede ser objeto de controversia. A la investigación se le imponen con demasiada frecuencia sus objetos en virtud de los métodos de los que se dispone, cuando lo que habría que hacer es adaptar los métodos al objeto» [Horkheimer, 1972].

La industria cultural

En su estudio sobre los programas musicales en la radio, Adorno criticaba el rango de la música, relegada a la condición de aderezo de la vida cotidiana, y denunciaba lo que llamaba «felicidad fraudulenta del arte afirmativo», es decir, un arte integrado en el sistema. Sus análisis del jazz siguen siendo emblemáticos de su po-

sición extrema, en la que algunos rápidamente han descubierto un marcado etnocentrismo europeo. Rechazando todo análisis puramente estético en beneficio de una crítica psicosociológica, Adorno aparta con desprecio todas las pretensiones del jazz de expresar la liberación. Según él su función social primordial consiste en reducir la distancia entre el individuo alienado y la cultura afirmativa, es decir, a semejanza del arte afirmativo, una cultura que favorece no lo que debería, a saber, la resistencia, sino por el contrario la integración en el *statu quo*.

A mediados de los años cuarenta Adorno y Horkheimer crean el concepto de «industria cultural». Analizan la producción industrial de los bienes culturales como movimiento global de producción de la cultura como mercancía. Los productos culturales, las películas, los programas radiofónicos, las revistas manifiestan la misma racionalidad técnica, el mismo esquema de organización y planificación por parte del *management* que la fabricación de coches en serie o los proyectos de urbanismo. «Se ha previsto algo para cada uno, de tal modo que nadie pueda escapar.» Cada sector de la producción está uniformizado y todos lo están en relación con los demás. La civilización contemporánea confiere a todo un aspecto semejante. La industria cultural proporciona en todas partes bienes estandarizados para satisfacer las numerosas demandas identificadas como otras tantas distinciones a las que los estándares de la producción deben responder. A través de un modo industrial de producción se obtiene una cultura de masas hecha con una serie de objetos que llevan claramente la huella de la industria cultural: serialización-estandarización-división del trabajo. Esta situación no es el resultado de una ley de la evolución de la tecnología en cuanto tal, sino de su función en la economía actual. «En nuestros días la racionalidad técnica es la racionalidad de la propia dominación. El terreno en el que la técnica adquiere su poder sobre la sociedad es el terreno de los que la dominan económicamente» [Adorno y Horkheimer, 1947]. La racionalidad técnica es el «carácter coercitivo» de la sociedad alienada.

La industria cultural fija de manera ejemplar la quiebra de la cultura, su caída en la mercancía. La transformación del acto cultural en un valor destruye su capacidad crítica y disuelve en él las huellas de una experiencia auténtica. La producción industrial sella la degradación de la función filosófico-existencial de la cultura.

Cualquiera que haya sido la clarividencia de Adorno y Horkheimer en el análisis de los fenómenos culturales, parece que sólo percibieron un aspecto (ciertamente fundamental) de la conjunción

entre arte y tecnología, pero que una sobrevaloración del arte como fermento revolucionario les impidió percibir otros aspectos distintos de esta conjunción. Para convencerse, basta con releer el texto de ese otro miembro de la escuela de Francfort, Walter Benjamin (1892-1940), titulado *L'œuvre d'art à l'ère de sa reproductibilité technique*, escrito en 1933, por tanto unos diez años anterior al de Adorno y Horkheimer. En él indica sobre todo cómo el propio principio de la reproducción (y muestra muy bien que un arte como el cine sólo tiene razón de existir en el estadio de la reproducción y no de la producción única) deja obsoleta una vieja concepción del arte que llama «cultural». Ahora bien, cabe preguntarse en qué medida la cultura de masas no está estigmatizada también en Adorno y Horkheimer porque su proceso de fabricación atenta contra una cierta sacralización del arte. De hecho es difícil no oír en su texto el eco de una vigorosa y docta protesta contra la intrusión de la técnica en el mundo de la cultura. El escollo parece ser en realidad esa reproducibilidad de un dato cultural por medios técnicos de los que habla Benjamin. Sin duda el modo industrial de producción de la cultura la amenaza con la estandarización con fines de rentabilidad económica y de control social. La crítica legítima de la industria cultural no deja de estar demasiado estrechamente ligada a la nostalgia de una experiencia cultural libre de ataduras de la técnica.

A pesar de los ruegos de Adorno, Walter Benjamin nunca se decidió a dejar Europa. Vivió en París durante la mayor parte de su exilio antes de pasar a España y, cuando se vio acorralado por la policía franquista, se quitó la vida. Sigue siendo un pensador original en la escuela de Francfort. Aunque Adorno y Horkheimer marcaron a numerosas generaciones de intelectuales con sus análisis de la cultura y de la civilización técnica, su influencia se eclipsó a finales de los años setenta. En cambio los escritos de Benjamin conocieron un nuevo período de vivo interés en los años ochenta, en especial la inmensa obra inacabada en la que trabajó durante todo su exilio parisiense, *Le Livre des passages. Paris, capitale du XIX^e siècle*. Una ciudad, un siglo que fascinan a Benjamin porque en ellos aparecen, cargadas de sentido como esas galerías acristaladas que permiten al paseante ocioso pasar de una calle a otra, las formas materiales de la cultura industrial: las estructuras de hierro, las exposiciones universales, los folletines. Como Siegfried Krauer (1889-1966), cuyo recorrido intelectual cruzó o precedió el suyo, Benjamin destaca la observación de los detalles, de los fragmentos, de los «residuos de la historia», con el fin de reconstituir

una totalidad perdida. En esto ambos están influidos por la fenomenología de Husserl y las premisas metodológicas de Georg Simmel: la atención a las manifestaciones de superficie para acceder a la esencia de una época [Kracauer, 1922].

Después de la guerra, Adorno y Horkheimer regresan a Alemania. En 1950 el Instituto vuelve a abrirse. Dos importantes miembros de esta escuela de Francfort, Leo Löwenthal y Herbert Marcuse, se quedan en los Estados Unidos, donde conocen destinos distintos. El primero cobra fama en los análisis de la cultura de masas con un estudio convertido en un clásico sobre las biografías en las revistas populares (1944). Entre 1949 y 1954 se convierte en el responsable del sector «Evaluación de los programas de radio» del International Broadcasting Service, vinculado con el departamento de Estado y, con este título, se encuentra vinculado con estudios sobre Voice of America en el periodo de la guerra fría (véase el capítulo 2, 2).

La racionalidad técnica

El filósofo Herbert Marcuse (1898-1979) ha sido sin duda alguna la figura más brillante de la escuela de Francfort en los años sesenta, hasta el punto de que en mayo de 1968 se evocan las «3 M»: Marx, Mao, Marcuse.

El hombre unidimensional, cuya edición original data de 1964, ha influido directamente en la lucha ideológica de la época. Crítico intransigente de la cultura y la civilización burguesas, pero también de las formaciones históricas de la clase obrera, Marcuse, profesor en la Universidad de California, pretende desenmascarar las nuevas formas de la dominación política: bajo la apariencia de racionalidad de un mundo cada vez más conformado por la tecnología y la ciencia, se manifiesta la irracionalidad de un modelo de organización de la sociedad que, en lugar de liberar al individuo, lo sojuzga. La racionalidad técnica, la razón instrumental, han reducido el discurso y el pensamiento a una dimensión única que hace concordar la cosa y su función, la realidad y la apariencia, la esencia y la existencia. Esta «sociedad unidimensional» ha anulado el espacio del pensamiento crítico. Uno de sus capítulos más incisivos trata del «lenguaje unidimensional» y hace amplias referencias al discurso de los medios de comunicación.

Entre *La dialéctica de la razón*, obra de Adorno y Horkheimer, en la que se integra el capítulo sobre la producción industrial de

los bienes culturales, y *El hombre unidimensional* de Marcuse, se manifiesta la profunda coherencia de una escuela de pensamiento que critica un mundo en el que la instrumentalización de las cosas acaba siendo la de los individuos.

Herederero de esta corriente crítica, el filósofo alemán Jürgen Habermas (nacido en 1929) desarrolla su propia teoría de la racionalidad técnica en respuesta a Marcuse, en *La técnica y la ciencia como ideología* (1968). Seis años antes había escrito *El espacio público. Arqueología de la publicidad como dimensión constitutiva de la sociedad burguesa*, que constituye el trasfondo necesario de sus tesis sobre la «racionalización».

En *El espacio público* Habermas prosigue el trabajo que la escuela de Francfort había emprendido a nivel filosófico, y en menor medida sociológico (teoría de la cultura de masas, estudios de la personalidad autoritaria), y construye el marco histórico en que se produce el declive de este espacio público que se había desarrollado en Inglaterra al final del siglo xvii, y en Francia en el siglo siguiente, con la constitución de una «opinión pública». Este espacio público se caracteriza como un espacio de mediación entre el Estado y la sociedad, que permite la discusión pública en un reconocimiento común del poder de la razón y de la riqueza del intercambio de argumentos entre individuos, de las confrontaciones de ideas y de opiniones ilustradas (*Aufklärung*). El principio de publicidad se define como aquello que pone en conocimiento de la opinión pública los elementos de información que atañen al interés general. El desarrollo de las leyes del mercado, su intrusión en la esfera de la producción cultural, sustituyen al razonamiento, a ese principio de publicidad y a esa comunicación pública (*Publizität*) de las formas de comunicación cada vez más inspiradas en un modelo comercial de «fabricación de la opinión». Aquí Habermas ve una «refeudalización de la sociedad». Con ello asume las exposiciones de Adorno y Horkheimer sobre la manipulación de la opinión, la estandarización, la masificación y la individualización del público. El ciudadano tiende a convertirse en un consumidor con un comportamiento emocional y aclamador, y la comunicación pública se disuelve en «actitudes, siempre estereotipadas, de recepción aislada».

Los análisis de Marcuse y de la escuela de Francfort sobre el auge de la razón instrumental quedaban formulados a un nivel filosófico abstracto. La cuestión de la alternativa a esa totalización del mundo vivido por la racionalidad técnica, la de la reconciliación entre la *Aufklärung* y la ciencia, sólo se plantea en Marcuse

con la condición de una revolución completa de la propia ciencia y la propia técnica. Habermas, analizando las formas institucionales que adopta el proceso de racionalización, sitúa sobre este terreno socio-político el problema de la ciencia. Para Marcuse, como para Adorno y Horkheimer, todo el potencial emancipador de la ciencia y de la técnica se dedica a beneficiar la reproducción del sistema de dominación y de sometimiento. Habermas, por su parte, reflexiona sobre la alternativa a la degeneración de lo político, cuyo agente resulta ser el Estado-sujeto que reduce los problemas a su aspecto técnico y les hace depender de una gestión racional. El resultado se encuentra, según él, en la restauración de las formas de comunicación en un espacio público ampliado al conjunto de la sociedad. Desde esta perspectiva, en la época en que escribe *La técnica y la ciencia como ideología*, Habermas se interesa por el movimiento estudiantil californiano, por la significación de sus formas de comunicación para la reconquista de la autonomía de los individuos. En *El espacio público*, por otro lado, se había interesado, ciertamente de forma alusiva, por los movimientos de los consumidores norteamericanos, entonces en pleno desarrollo.

Apocalípticos e integrados

En los años cincuenta y a comienzos de los sesenta, algunos autores norteamericanos han fijado la discusión acerca del tríplico: industria cultural, cultura de masas y sociedad de masas. Entre ellos destacan Dwight Mac Donald, Edward Shils y Daniel Bell. El título de la obra de Umberto Eco *Apocalittici e integrati* (1964) resume bien las discrepancias entre los partidarios de la cultura de masas y quienes la desprecian, aun cuando el semiólogo italiano simplifique las posiciones. Son apocalípticos aquellos que ven en este nuevo fenómeno una amenaza de crisis para la cultura y la democracia; integrados, los que se regocijan con la democratización del acceso de «millones» de personas a esta cultura del ocio.

Antiguo trotsquista, Mac Donal forja los nuevos términos *masscult* y *midcult*,

usando como modelo la contracción de la expresión *Proletkult*, para criticar esa cultura de masas y la vulgaridad intelectual de sus consumidores, viendo como único escape la elevación del gusto literario [Mac Donald, 1944, 1953]. En el extremo opuesto, Edward Shils ve en el advenimiento de esta nueva cultura una garantía de progreso. De esta polémica se infiere una concepción tripartita de la cultura que los distintos autores comparten incluso a pesar de identificar sus términos de forma diferente.

E. Shils, esgrimiendo criterios estéticos, intelectuales y morales, adopta la distinción entre la cultura *superior* o *refinada*, la cultura *mediocre* y la cultura *brutal*. La primera se caracteriza por lo serio de sus temas, la importancia de los problemas de que se ocupa, su manera penetrante, coherente y sutil de expresar

la riqueza de los sentimientos. La segunda es menos original, más imitativa. Se nutre de los géneros de la cultura superior y tiene los suyos propios, como la comedia musical. Por fin, la cultura brutal es aquella cuyo contenido simbólico es más pobre y donde hay muy poca creación original.

A diferencia de Mac Donald, que opina que la alta cultura ya ha sido anegada por los torrentes de las otras dos, Shils observa que entre los tres niveles sobreviene una incesante mezcla y que la cultura brutal no ha socavado los cimientos del mundo de la alta cultura: al contrario, ésta (advierte) tiene cada vez más adeptos y con ella la alta *intelligentsia*, «la capa más vieja de la sociedad occidental, con su bagaje de tradiciones ininterrumpidas, sigue prosperando» [Shils, 1960].

De hecho, este reñido debate entre el apocalíptico Mac Donald y el integrado Shils escondía otro que esta polarización impedía ver. La discusión sobre la cultura de masas está íntimamente ligada a la cuestión de la sociedad de masas, a la que los intelectuales integrados asimilan al final de la sociedad de clases y de los enfrentamientos de clase contra clase. Del debate sobre la naturaleza de la so-

iedad de masas, encarnada por la democracia industrial occidental, su bienestar y su crecimiento, el politólogo Shils evoluciona en los años setenta hacia un debate sobre el final de las ideologías y el crepúsculo de los intelectuales comprometidos [Shils, 1972].

El sociólogo que ha demostrado ser más constante en esta línea de pensamiento sobre el final de las ideologías es Daniel Bell. Es uno de los primeros en atacar contundentemente a los críticos radicales de la época, tales como Mac Donald, cuyas convicciones trotskistas había compartido en su juventud, subrayando la ineludible contradicción que les acecha: estar condenados a encolerizarse con las manifestaciones de la cultura y la sociedad de masas al tiempo que en realidad están obligados, por la propia estructura del sistema en el que viven, a trabajar para esta industria de la cultura. En 1962 Daniel Bell le ajusta las cuentas a la ideología en una obra con un título explícito, *The End of Ideology*. Antes de que acabe la década lanza el concepto de «sociedad posindustrial» para denominar el advenimiento de la nueva sociedad construida con las tecnologías de la inteligencia y la industria de la información, materia prima del futuro.

2. El estructuralismo

Una teoría lingüística

El estructuralismo extiende las hipótesis de una escuela lingüística a otras disciplinas de las ciencias humanas (antropología, historia, literatura, psicoanálisis).

Los tres cursos de lingüística dictados por Ferdinand de Saussure (1857-1913) entre 1906 y 1911 en la Universidad de Ginebra se reconocen como fundadores de los métodos de esta teoría. Para el lingüista suizo la lengua es una «institución social», mientras que la palabra es un acto individual. En cuanto institución social, la

lengua es un sistema organizado de signos que expresan ideas: representa el aspecto codificado del lenguaje. La lingüística tiene por tarea estudiar las reglas de este sistema organizado a través de las cuales éste produce sentido. El lenguaje es segmentable, por tanto analizable; se trata de inferir las oposiciones, las distancias que permitan a una lengua funcionar o significar.

Saussure había soñado con una ciencia general de todos los lenguajes (hablados o no hablados), de todos los signos sociales. «Se puede concebir (escribía en su *Cours de linguistique générale*) una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social... la llamaremos *semiología* (del griego *semeion*, signo). Nos enseñaría en qué consisten los signos, qué leyes los rigen.»

Corresponde a Roland Barthes (1915-1980) retomar este desafío. En un artículo-manifiesto que fija las grandes líneas de este proyecto, titulado «*Éléments de sémiologie*», publicado en la revista *Communications* (1964), da esta definición: «La semiología tiene como objeto todo sistema de signos, cualquiera que sea su sustancia, cualesquiera que sean sus límites: las imágenes, los gestos, los sonidos melódicos, los objetos y los complejos de estas sustancias que se encuentran en ritos, protocolos o espectáculos constituyen, si no “lenguajes”, sí al menos sistemas de significación». Ordena los elementos fundamentales de este proyecto, válidos para la lingüística y las ciencias que en ellos se inspiran, en torno a cuatro secciones: 1) Lengua y palabra; 2) Significante y significado; 3) Sistema y sintagma; 4) Denotación y connotación.

Para el estudio del discurso de los medios de comunicación, dos de estos binomios se revelan especialmente importantes: significante-significado y denotación-connotación. La lengua es un sistema organizado de signos. Cada signo presenta un doble aspecto: uno perceptible, audible: el significante; el otro, contenido en el anterior, llevado por él: el significado. Entre estos dos elementos pasa la relación de significación. En cuanto a la distinción denotación-connotación, el lingüista de origen lituano, Algirdas-Julien Greimas (1917-1992), la retoma en términos diferentes: «práctica-mítica», y se impone cuando el análisis estructural se esfuerza en aprehender y sistematizar todos los hechos que superan el lenguaje primero o lenguaje de base [Greimas, 1966]. Toda forma de ideología pasa por este segundo lenguaje de la connotación, «descolgado» en relación con aquel primero de la denotación. La puesta de relieve del significado y de la connotación, el interés por el sistema que subyace a las apariencias, indica la distancia que separa el proyecto se-

miológico de descripción de la significación, del análisis funcionalista del «contenido manifiesto».

En su obra *Mythologies* (1957), Barthes destaca la importancia del «desarrollo de la publicidad, la gran prensa, la radio, la ilustración, sin hablar de la supervivencia de una infinidad de ritos comunicativos (ritos del parecer social) [que] hacen más urgente que nunca la constitución de una ciencia semiológica». En la parte teórica de esta obra («Le mythe aujourd'hui»), esboza una teoría semiológica de los «mitos contemporáneos», como los que se encuentran en las comunicaciones de masas, y que define como lenguajes connotados; lo que se analiza en estas crónicas (publicadas separadamente en la prensa antes de reunirse en este libro), tituladas «Le visage de Garbo», «Le Guide Bleu», «La nouvelle Citroën», o «L'iconographie de l'abbé Pierre», es el funcionamiento de esta connotación y sus implicaciones ideológicas. Para Barthes se trata de sentar las bases de la semiología. Explica cómo el mito parece apoyarse en el lenguaje corriente, de forma que presenta como «natural», como algo «que cae por su peso», valores secundarios, parasitarios, aquellos que caracterizan lo que le parece «una especie de monstruo»: «la pequeña burguesía».

Una escuela francesa

En 1960 se crea el Centro de estudios de las comunicaciones de masas (CECMAS) en la Escuela práctica de altos estudios. Fundado por iniciativa del sociólogo Georges Friedmann (1902-1978), este centro representa el primer intento serio de constituir en Francia un medio y una problemática de investigación de la comunicación. Su programa es el análisis de las «relaciones entre la sociedad global y las comunicaciones de masas que se le integran funcionalmente». Pretende remediar el retraso de la investigación francesa en un campo ampliamente dominado por el análisis funcional norteamericano, y la carencia de una perspectiva transdisciplinaria.

En torno a Georges Friedmann se reúnen Edgar Morin y Roland Barthes. Cada uno de ellos representa un campo y unas orientaciones de investigaciones propios. Barthes es el único que se sitúa en la dependencia del estructuralismo. Anima un grupo de investigaciones sobre el estatus simbólico de los fenómenos culturales y continúa su proyecto de desarrollar «una verdadera ciencia de la cultura que sea de inspiración semiológica» [CECMAS, 1966]. Los estudios de Friedmann sobre el trabajo y la técnica lo condu-

De la lingüística a la antropología estructural

Claude Lévi-Strauss expone su método en *Anthropologie structurale* (1958 y 1973), después de haberlo probado en 1949 en su tesis, *Structures élémentaires de la parenté*. El análisis del antropólogo, que juega un papel fundamental en la extensión del modelo lingüístico a otros campos, trata sobre los mitos como forma de lenguaje. Múltiples y heterogéneos, pueden sin embargo reducirse a variaciones centradas en estructuras universales. Los mitos concretos, los «mitemas», sólo tienen sentido combinados, a semejanza de los «fonemas» vocálicos o consonánticos, unidades básicas del lenguaje. Estas reglas combinatorias forman un especie de gramática que permite ir más allá de la superficie del lenguaje para descubrir un conjunto de relaciones, una lógica que constituye el «sentido» de este mito. Esta puesta de manifiesto de las relaciones sirve también para tratar los sistemas totémicos o las relaciones de parentesco que se convierten en «redes de comunicación», en códigos que permiten transmitir mensajes.

El antropólogo reconoce la importancia decisiva de su encuentro en 1942 con el lingüista Roman Jakobson (1896-1982), cuyas clases sigue con ocasión de su exilio en Nueva York. Jakobson, de origen ruso, es (junto con sus dos compatriotas, Karcevsky y Troubetsky) el primer lingüista que utiliza el término «estructura» en el congreso de filólogos eslavos que tiene lugar en Praga en 1929 (Saussure se había contentado con el término «sistema»). La lengua es un sistema que sólo conoce su propio orden; respetando este principio de immanencia primordial para el análisis estructural, Jakobson descubre y sistematiza las reglas de funcionamiento del lenguaje. El esquema de toda comunicación presenta seis elementos constitutivos y responde a seis funciones: el destinatario determina la función expresiva; el destinatario, la función conativa (que no puede defini-

nirse sino de manera tautológica: función del lenguaje en cuanto éste apunta al destinatario); el mensaje, la función poética (que abarca todas las grandes figuras de retórica); el contexto determina la función referencial; el contacto, la función fática que tiende a verificar si la escucha del destinatario sigue establecida; el código, la función metalingüística que trata del lenguaje tomado como objeto (por ella el destinatario o destinatario verifican si utilizan el mismo léxico, la misma gramática) [Jakobson, 1963].

El modelo de la comunicación formulado por Jakobson se articula sobre la teoría matemática de la información (véase el capítulo 3, 1). Generalizando el valor heurístico de los conceptos de código, codificación, descodificación, redundancia, mensaje e información, Jakobson sugiere a la antropología que aplique esta misma plantilla a los sistemas de parentesco.

A comienzos de los años setenta, siguiendo su proyecto de dotar a la lingüística de un estatus científico, se inspira en los descubrimientos de los especialistas en biología molecular que acaban de encontrar las nuevas leyes de la herencia, a partir del ADN (ácido desoxirribonucleico), y movilizan ellos también la teoría de la información para explicar el patrimonio genético en términos de «programa», de código y de información. El lingüista ruso llega incluso a establecer semejanzas estructurales entre estos dos sistemas de información, entre el código genético y el código lingüístico, entre el mensaje químico que en la estructura de la célula transmite los «órdenes de la vida» y el mensaje lingüístico. Tanto en un caso como en otro existe una estricta linealidad del mensaje en la serie temporal, codificación-descodificación; es posible reducir las relaciones entre elementos, fonemas o base química, a un sistema de oposiciones binarias.

cen a dedicarse a los problemas de la civilización técnica, a sus «fenómenos de masas»: producción y consumo de masa; audiencia de masa; aparición del tiempo del no-trabajo; generalización del ocio. En cuanto a Edgar Morin (nacido en 1921), a través de *Le cinéma ou l'homme imaginaire* (1956), *Les stars* (1957) y *L'esprit du temps* (1962), introduce en las referencias francesas el concepto de industria cultural. Es uno de los primeros en reflexionar sobre la importancia que adquieren los medios de comunicación y en cavilar sobre los valores de esta nueva cultura. Sus investigaciones en el CECMAS se definen como una «sociología del presente» que está interesada en el acontecimiento como revelador sociológico. En torno a este centro gravitan personalidades tan diversas como Julia Kristeva, Christian Metz, Abraham Moles, Violette Morin, André Glucksmann, Pierre Fresnault-Deruelle, Jules Gritti, Eliseo Veron y A. J. Greimas, pero también investigadores vinculados a la industria publicitaria como Jacques Durand y Georges Péninou, que estudiarán cómo la máquina retórica puede ponerse al servicio de la creación. La revista *Communications*, fundada en 1961, constituye su lugar privilegiado de expresión.

En la misma época se crea en Milán un centro comparable, el Instituto A.-Gemelli, fundación independiente de la Universidad, como reacción también a la supremacía de la sociología norteamericana de los medios de comunicación. Los italianos se dedicarán de manera más constante que los semiólogos franceses a investigaciones sistemáticas de los fenómenos de la comunicación y de la cultura de masas. Como testimonio tenemos los trabajos de Umberto Eco, Paolo Fabbri, Gianfranco Bettetini y, más recientemente, de Francesco Casetti.

En 1967, en *Le Système de la mode*, Barthes aplica su esquema de análisis semiológico a las revistas de moda, de forma muy rígida (tal como él mismo reconocerá). Su interés por las expresiones de la cultura de masas se revelará menos intenso que su deseo de renovar los métodos de crítica literaria. A su muerte, en 1980, el CECMAS ha cambiado de nombre dos veces: en 1974 se convierte en Centro de estudios transdisciplinarios, sociología, antropología, semiología (CETSAS); en 1979, lo rebautizan como CETSAP, desapareciendo la semiología en beneficio de la política.

Desde comienzos de los años setenta, las investigaciones de Edgar Morin se orientan cada vez más hacia la cibernética, la teoría de los sistemas y las ciencias de la cognición. A lo largo de todos estos años, dos equipos de investigación se inscriben en una línea de continuidad en relación con el proyecto inicial: el grupo dirigi-

do por Georges Friedmann y, en su campo propio del análisis de la teoría del filme, en el que tendrá un esplendor internacional, el de Christian Metz, hasta su muerte en 1993.

Aparatos ideológicos de Estado y reproducción social

Una de las importantes tendencias del estructuralismo es la relectura de los textos fundadores del marxismo. El filósofo Louis Althusser (1918-1990), profesor en la escuela normal de la calle de Ulm y máxima personalidad del estructuralismo, publica en 1965 *Leer El capital* con un grupo de alumnos entre los que destacan Pierre Macherey, Étienne Balibar, Jacques Rancière y Roger Establet. Se pone en marcha una guerra contra la «vulgata marxista», contra todas las visiones insípidas del marxismo, enredadas en las trampas del «humanismo», cuyo eminente representante en esa época era Roger Garaudy. El otro objetivo es el marxismo sartriano. Emprendiendo una crítica teórica de la noción de alienación, Althusser quiere demostrar que esta noción pertenece a una problemática premarxista y que está vinculada con una concepción humanista de la sociedad que hace de la libertad un problema de conciencia y no un problema de relación de clases, un problema de relaciones sociales. Así la burguesía y la filosofía idealista encontrarían de nuevo su mito: el individuo soberano, puro y virgen de cualquier determinación.

Althusser destaca la ruptura epistemológica existente entre los primeros textos de Marx y su obra *El capital*; en esta obra, Althusser y sus discípulos descubren los conceptos fundadores de una verdadera ciencia de las «formaciones sociales» (estructura, superestructura, relaciones de producción, supradeterminación). En esta «totalidad orgánica» en que se basa el sistema capitalista, el individuo no es más sujeto de la historia que dueño de sus alianzas en cuestión de parentesco. Es el lugar de paso, el «soporte» de estructuras; su comportamiento y sus actitudes lo hacen participar en el proceso de reproducción de las relaciones sociales, en una formación social, es decir, en una sociedad históricamente determinada.

Un artículo publicado en la revista *La Pensée*, en 1970, titulado «Idéologie et appareils idéologiques d'État», tiene una profunda repercusión en la teoría crítica de la comunicación, en Francia y en el extranjero. En él Althusser opone los instrumentos represivos del Estado (ejército, policía) que ejercen una coerción directa, a los aparatos que cumplen funciones ideológicas y que denomina «apa-

La sociedad del espectáculo

La obra de Guy Debord (1931-1994) *La Société du spectacle*, publicada en 1967, marca la culminación de la crítica a la sociedad de la abundancia. En 1957 el autor había sido uno de los fundadores de la Internacional situacionista, que desarrolla su agitación en Francia, Alemania, Inglaterra e Italia. Sus tesis llegan a los Estados Unidos y a sus campus en rebelión. En mayo de 1968, momento privilegiado de la crítica del orden de los medios de comunicación llevada a la práctica, Debord es una de las figuras del movimiento contestatario. He aquí cuatro fragmentos (los números 4, 5, 57 y 59) de este libro de culto:

—El espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas, mediatizada por imágenes.

—El espectáculo no puede ser entendido como el abuso de un mundo de la visión, el producto de técnicas de difusión masiva de las imágenes. Es más bien una *Weltanschauung* hecha efectiva, materialmente traducida. Es una visión del mundo que se ha objetivado.

—La sociedad portadora del espectáculo no sólo domina con su hegemonía económica las regiones subdesarrolladas. Las domina *en cuanto sociedad*

del espectáculo. Allí donde la base material está aún ausente, la sociedad moderna ya ha invadido espectacularmente la superficie social de cada continente...

—El movimiento de *trivialización* que domina mundialmente la sociedad moderna mediante las deslumbrantes diversiones del espectáculo, la domina también en cada uno de los puntos en que el consumo desarrollado de mercancías ha multiplicado en apariencia las funciones y los objetos que se pueden elegir. La supervivencia de la religión y de la familia (la cual sigue siendo la principal forma de herencia del poder de clase), y por tanto de la represión moral que éstas aseguran, puede combinarse como una misma cosa con la redundante afirmación del disfrute de este mundo, siendo este mundo sólo el producto del pseudodisfrute que guarda en sí mismo la represión. La rebelión puramente espectacular puede unirse también como una misma cosa a la aceptación beata de lo que existe: esto traduce el simple hecho de que la propia insatisfacción se ha convertido en una mercancía desde que la abundancia económica se ha visto capaz de extender su producción hasta el tratamiento de una materia prima de esta naturaleza.

ratos ideológicos de Estado» [AIE]. Estos aparatos significantes (escuela, Iglesia, medios de comunicación, familia, etc.) tienen la función de asegurar, garantizar y perpetuar el monopolio de la violencia simbólica, la que se ejerce en el terreno de la representación, disimulando lo arbitrario de esta violencia bajo la cobertura de una legitimidad supuestamente natural. Y gracias a ellos actúa concretamente la dominación ideológica, es decir, la forma en que una clase con poder (sociedad política) ejerce su influencia sobre las demás clases (sociedad civil).

En la misma época, Pierre Bourdieu reflexiona también acerca

de la violencia oculta, pero sin llegar nunca a limitarse a los principios estructuralistas. Sus análisis de las actitudes y las prácticas culturales se basan en la noción de *habitus*, término que designa ese sistema estable de disposiciones que se perciben y se actúan, que contribuye a reproducir con todas sus desigualdades un orden social establecido [Bourdieu y Passeron, 1970]. La sociedad o la «formación social» se define como un sistema de relaciones de fuerza y de sentido entre grupos y clases. Analizando los usos sociales de la fotografía, demuestra cómo una práctica de ocio que podría parecer independiente de los códigos de representación dominantes y susceptible de liberar la expresividad de cada uno, significa el triunfo del código y la convención [Bourdieu y otros, 1965].

El dispositivo de vigilancia

La obra de Michel Foucault (1926-1984) *Les mots et les choses* se publica en 1966, año crucial del pensamiento estructuralista. En ella Foucault propone una «arqueología» de las ciencias humanas, una historia que no es la de la perfección creciente de los conocimientos, de su progreso hacia la objetividad, sino más bien la de sus condiciones de posibilidad, la de las configuraciones que dieron lugar a su aparición. Deja al desnudo los *epistemas* sucesivos y contrastados que definen los sistemas de pensamiento en la formación de la cultura occidental desde la era clásica hasta nuestra modernidad.

Publicado en 1975, *Surveiller et punir* renueva radicalmente el análisis de los modos de ejercicio del poder. En él Foucault opone dos formas de control social: la «disciplina-bloqueo», hecha con suspensiones, prohibiciones, cercas, jerarquías, tabiques y rupturas de comunicación, y la «disciplina-mecanismo», hecha con técnicas de vigilancia múltiples y entrecruzadas, de procedimientos flexibles de control, funcionales, de dispositivos que ejercen su vigilancia a través de la interiorización realizada por el individuo por medio de su exposición constante al ojo del control. La concepción del poder como feudo de los macrosujetos, el Estado, las clases, la ideología dominante, queda desplazada en beneficio de una concepción relacional del poder. El poder no se conserva ni se transfiere como una cosa. «No se aplica, pura y simplemente, como una obligación o una prohibición, a los que “no lo tienen”; los inviste, pasa por ellos y a través de ellos; se apoya en ellos, al igual que ellos, en su lucha contra él, se apoyan a su vez en el do-

minio que él ejerce sobre ellos.» Es por tanto necesario dejar de describir los efectos del poder en términos negativos (excluir, censurar, reprimir, enmascarar, esconder, etc.): «De hecho, el poder produce algo real; produce dominios de objetos y rituales de verdad».

Althusser hablaba de los aparatos y de un Estado abstracto; Foucault se refiere al «dispositivo» y a la «gubernamentalidad». El término dispositivo remite a la idea de organización y de red. Designa un conjunto heterogéneo que abarca discursos, instituciones, estructuras, decisiones reglamentarias, leyes y medidas administrativas, enunciados científicos y proposiciones filosóficas, morales y filantrópicas.

Las tesis de Foucault permiten identificar los dispositivos de la comunicación-poder en su propia forma organizativa. El modelo de organización visto como «panóptico», utopía de una sociedad, sirve para caracterizar el modo de control ejercido por el dispositivo televisual: una forma de organizar el espacio, de controlar el tiempo, de vigilar continuamente al individuo y de asegurar la producción positiva de comportamientos. El panóptico, figura arquitectónica de un tipo de poder tomado por Foucault del filósofo utilitarista Jeremy Bentham (1748-1832), es esa máquina de vigilancia en la que desde una torre central se puede controlar con plena visibilidad todo el círculo del edificio dividido en alvéolos y donde los vigilados, alojados en celdas individuales y separadas unas de otras, son vistos sin poder ver. Adaptado a las características de la televisión, que invierte el sentido de la visión al permitir a los vigilados ver sin ser vistos, y que ya no funciona sólo por control disciplinario sino por fascinación y seducción, el panóptico retoma la expresión del filósofo Étienne Allemand en *Pouvoir et télévision* (1980) y se convierte en el «panóptico invertido», para dar cuenta de la televisión como «máquina de organización».

En cuanto a la noción de «gubernamentalidad», ésta se opone a una idea del Estado como «universal político» y a una teoría construida sobre la «esencia estatal», que se refiere a un modelo de Estado grabado en el mármol. Refutando la concepción de un aparato con una unidad y una funcionalidad rigurosa que durante largo tiempo ha dominado el pensamiento crítico, Foucault propone analizar lo ordinario del Estado, pensar sus prácticas de adaptación, de ofensiva y de repliegue, sus irregularidades, sus chapuzas, para despejar otras coherencias, otras regularidades. En resumen, las «tácticas generales de gubernamentalidad».

¿Son antimediadores los medios de comunicación?

La polémica entre Enzensberger y Baudrillard

A finales de 1970 el escritor y filósofo alemán Hans Magnus Enzensberger publicó en *New Left Review* un artículo titulado «*Constituents of a Theory of the Media*». En él el autor critica la incapacidad de la izquierda occidental para comprender la convergencia del desafío lanzado a las formas de acción y organización políticas tradicionales por los medios de comunicación electrónicos y, de forma más general, por el desarrollo de la «industria de la conciencia». La izquierda no tiene ninguna estrategia acerca de los medios de comunicación, los cuales constituyen una «categoría vacía» de su teoría. Se ha quedado en la cultura del periódico y el escrito. En cuanto a la nueva izquierda, nacida en los años sesenta, «ha reducido el desarrollo de los medios de comunicación a un simple concepto: el de la manipulación».

Enzensberger incita por tanto a la izquierda a superar esta desventaja histórica, «liberando el potencial emancipador inherente a los nuevos medios de comunicación, potencial que el capitalismo, seguramente como el revisionismo soviético, debe sabotear pues amenaza la ley de los dos sistemas». Oponiendo esta utilización de los medios de comunicación con fines represivos a aquella que les devolvería su potencial emancipador, compara punto por punto dos modelos de comunicación: *Programa controlado centralmente/ Programa descentralizado; Un emisor, muchos receptores/ Cada receptor un emisor potencial; Inmovilización de los individuos aislados/ Movilización de las masas; Conducta pasiva del consumidor/ Interacción de los aludidos, retroacción; Despolitización/ Proceso de conocimiento político; Producción por especialistas/ Pro-*

ducción colectiva; Control por propietarios privados o por la burocracia/ Control social por autoorganización. En una época en la que estallan la contestación de los monopolios públicos, la lucha por la liberación de las ondas y la búsqueda de medios de comunicación «alternativos», «comunitarios», muchos encontrarán en esta llamada una carta programática.

Como no se tradujo el artículo, las tesis de Enzensberger serán conocidas en Francia a través de la polémica que suscita Jean Baudrillard en «*Réquiem por los medios de comunicación*», uno de los capítulos de su obra *Pour une critique de l'économie politique du signe* (1972). Baudrillard replica a Enzensberger, que pretende que sólo una práctica revolucionaria puede despejar la virtualidad de intercambio democrático integrada en los medios de comunicación, hoy confiscados y pervertidos por un orden dominante, con estos términos: «No es en cuanto vehículo de un contenido, sino en su propia forma y operación que los medios de comunicación inducen una relación social, y esa relación no es de explotación; es de abstracción, de separación, de abolición del intercambio. Los medios de comunicación no son *coeficientes*, sino *efectores* de ideología. No sólo no son revolucionarios por destino, sino que ni siquiera tienen la posibilidad de ser neutros o no ideológicos (el fantasma de su estatus "técnico" o de su "valor social de uso") [...]. Lo que caracteriza a los medios de comunicación de masas es que son antimediadores, intransitivos, que fabrican no-comunicación (si se acepta definir la comunicación como un intercambio, como el espacio recíproco de una palabra o de una *respuesta*, por tanto de una *responsabilidad*) y no una responsabilidad psicológica y moral, sino una correlación personal de uno a otro

en el intercambio [...]. Toda la estructura actual de los medios de comunicación se basa en esta última definición: *son lo que prohíbe para siempre la respuesta*, lo que hace imposible todo proceso de intercambio (salvo bajo formas de *simu-*

lación de respuesta, a su vez integradas en el proceso de emisión, lo que no cambia en absoluto la unilateralidad de la comunicación). Ésta es su verdadera abstracción. Y en esta abstracción se basa el sistema de control social de poder.

La cosificación de la estructura

El estructuralismo, y más concretamente las tesis althusserianas, fue rápidamente criticado por conducir a reducciones mecanicistas del funcionamiento de la sociedad, ese teatro que aparecía sin sujetos. Se le reprochó que se complacía excesivamente en el análisis de las invariantes, de las determinaciones, y que tendía al desdibujamiento de la acción de los sujetos. Encerrándose en el texto, la lingüística estructural había reducido el contexto al «código». Con ello, retomando la clasificación de Jakobson, la «función referencial» se había desdibujado y la «función metalingüística» había triunfado. «El contexto verbal había reemplazado al referencial práctico-sensible, de manera que el lenguaje ya sólo tenía que ver consigo mismo por recurrencia o redundancia», como observaba en 1967 Henri Lefebvre, que tomó partido contra el estructuralismo en *Position: contre les technocrates*. Según el filósofo, el enfoque estructural había cedido al «vértigo de la taxonomía» y vertido en la «abstracción suprema», la cosa mental perfecta, la tautología tomada como plenitud, eliminando de su realidad todo lo «desviado», todo lo «vivido», toda la «descodificación por lo cotidiano», reforzando así la idea de la fatalidad de la coerción y del control y preparando el advenimiento de los «cibernántropos» y tecnócratas.

En efecto, Althusser tenía tendencia a reducir el aparato ideológico «Información» a un sistema monolítico bajo el control de una totalidad estatal de la que la sociedad civil quedaba excluida. El aparato se define de manera concluyente. Que esté bajo el régimen de servicio público o que dependa de la lógica comercial, por ejemplo, poco importa. La estructura aparece como congelada, fuera del tiempo y del espacio. Los términos utilizados por el filósofo para caracterizar esta misión orgánica evocan la tesis de una manipulación vertical.

La crisis que golpea a finales de los años setenta la teoría estructural de las relaciones sociales como conjunto de los grandes

sistemas explicativos, se centra precisamente en la cuestión de las mediaciones y del lugar del sujeto, del actor, de la audiencia.

3. *Cultural Studies*

La cultura del pobre

La aparición de una jerarquización de las formas culturales había preocupado desde largo tiempo atrás a intelectuales británicos. La división tripartita de la cultura (refinada, mediocre y brutal) se debe, de hecho, a la pluma del inglés Matthew Arnold (1822-1888) en su obra *Culture and Anarchy*, publicada en 1869 y reeditada por la Universidad de Cambridge en 1935, fecha significativa.

La corriente que va a desplegarse en los años sesenta y setenta bajo el nombre de *Cultural Studies* tiene su fuente lejana en los estudios de crítica literaria de Frank Raymond Leavis (1895-1978), publicados en los años treinta. *Mass Civilisation and Minority Culture* (1930) pretende ser un alegato en favor de la protección de los alumnos contra la cultura comercial. La idea de Leavis consiste en que el desarrollo del capitalismo industrial y sus expresiones culturales (en esa época se trata sobre todo del cine) tienen un efecto pernicioso en las distintas formas de la cultura tradicional, tanto la del pueblo como la de la elite. Leavis y el grupo reunido alrededor de la revista *Scrutiny*, fundada en 1932, pretenden utilizar la escuela para propagar el conocimiento de los valores literarios. Incluso si siente nostalgia de la alta cultura y de la gran tradición literaria que supuestamente encierra los valores «superiores de la era preindustrial», Leavis rompe sin embargo con la posición conservadora que caracteriza la crítica literaria de la época. De origen modesto, es el primer teórico de la literatura inglesa que penetra en los bastiones de la aristocracia que son Oxford y Cambridge. Se opone francamente al capitalismo industrial como sistema y al lugar que ocupan los medios de comunicación en su desarrollo en Gran Bretaña. Como observa Terry Eagleton, especialista de las teorías literarias, «*Scrutiny* no es sólo una revista, es el centro de una cruzada moral y cultural: de sus partidarios se espera que acudan a las escuelas y las universidades para luchar y ofrecer allí, a través del estudio de la literatura, las respuestas ricas, complejas, maduras, sagaces y moralmente serias (términos clave de *Scrutiny*) que van a permitir a los individuos sobrevivir en la sociedad mecaniza-

da de las (novelas de consumo), del trabajo alienante, de los anuncios estúpidos y de los medios de comunicación de masas embrutecedores» [Eagleton, 1983].

Con la preocupación educativa, la tradición leavisiana lega sobre todo una aproximación a las diferentes formas de la producción literaria, basada en el análisis textual, en la investigación del sentido y de los valores socio-culturales, oponiéndose con ello a los métodos de la escuela funcionalista. Esta tradición es asumida en los años cincuenta, que ven la expansión del sistema escolar gracias a un movimiento pedagógico en el que se compromete una generación de educadores de segunda enseñanza que, procedentes igualmente de medios modestos, valoran, a diferencia de la teoría elitista de Leavis, los gustos de los alumnos de la clase obrera.

En 1957 Richard Hoggart (nacido en 1918), profesor de literatura inglesa moderna, publica *The Uses of Literacy* (traducido en Francia en 1970 con el título algo equívoco de *La Culture du pauvre*). En él describe los cambios que trastornaron el modo de vida y las prácticas (*the whole way of life*) de las clases obreras (el trabajo, la vida sexual, la familia, el ocio). Publicado el mismo año en que se inaugura la televisión comercial y por tanto antes de su introducción en las clases populares, la obra de Hoggart es a la vez un himno a las formas de vida tradicionales de las comunidades de la clase obrera de las que procede, que resisten a esta cultura. El año siguiente Raymond Williams (1921-1988), entonces docente en una institución de formación para los trabajadores, publica *Culture and Society (1780-1950)*, en el que critica la disociación practicada con demasiada frecuencia entre cultura y sociedad.

En 1964 la obra de Stuart Hall y Paddy Whannel, *The Popular Arts*, cierra este período caracterizado por los análisis de estos diferentes autores que responden a una demanda procedente de la escuela.

El Centro de Birmingham

En ese mismo año de 1964 se funda en la Universidad de Birmingham el Centre of Contemporary Cultural Studies (CCCS), centro de estudios doctorales sobre las «formas, las prácticas y las instituciones culturales y sus relaciones con la sociedad y el cambio social». Richard Hoggart es su primer director. En 1968, cuando accede al cargo de director general adjunto de la Unesco, Stuart Hall (nacido en 1932), de origen jamaicano, lo sucede hasta 1979.

El centro conoce su mayor esplendor en el curso de este período, que coincide con el desarrollo de la *New Left*, y en 1972 crea una revista, *Working Papers in Cultural Studies (WPCS)*.

El Centro de Birmingham reconoce su idea fundadora en las obras de Hoggart, Williams y el historiador Edward P. Thompson (1924-1993).

La obra de R. Williams, *The Long Revolution* (1965), marca una doble ruptura. Primero con la tradición literaria, que sitúa la cultura fuera de la sociedad, para sustituirla por una definición antropológica: la cultura es ese proceso global a través del cual las significaciones se construyen social e históricamente; la literatura y el arte no son más que una parte de la comunicación social. Ruptura después de un marxismo reductor: Williams toma posición a favor de un marxismo complejo que permite estudiar la relación entre la cultura y las demás prácticas sociales, e inicia el debate acerca de la primacía de la base sobre la superestructura, que reduce la cultura someténdola al dominio de la determinación social y económica. En esto coincide con un movimiento de ideas que asume el conjunto de la *intelligentsia* de izquierdas en toda Europa, con los filósofos de la escuela de Francfort como precursores. Desde sus primeros trabajos sobre los medios de comunicación, Williams critica el determinismo tecnológico. En cada una de sus intervenciones en este campo, estudia las formas históricas que adoptan en cada realidad las instituciones mediáticas, la televisión, la prensa y la publicidad [Williams, 1960, 1974, 1981].

En *The Making of the English Working Class* (1968), E. P. Thompson (1924-1993) inicia una polémica con R. Williams a propósito de *The Long Revolution*: le reprocha que aún debe demasiado a una tradición literaria evolucionista que se sigue refiriendo a la cultura en singular, cuando el trabajo de los historiadores demuestra que se trata de culturas en plural, y que la historia está hecha de luchas, tensiones y conflictos entre culturas y modos de vida, conflictos íntimamente ligados a las culturas y a las formaciones de clases.

Múltiples influencias enriquecen este marco conceptual. Primero, el interaccionismo social de la escuela de Chicago, que recupera la preocupación de algunos investigadores del Centro por trabajar en una dimensión *etnográfica* y analizar los valores y las significaciones vividas, las formas en que las culturas de los distintos grupos se comportan frente a la cultura dominante, las «definiciones» propias que se dan los actores sociales de su «situación», de las condiciones en las que viven. Esta tradición del *interaccionismo* coin-

cide con una tradición etnográfica británica que ha renovado la forma de hacer la historia social, desde «abajo», creando talleres de historia oral, en coincidencia con los trabajos de las feministas sobre la historia de las mujeres.

Buscando un marxismo heterodoxo, releen los estudios de historia literaria del filósofo húngaro Georg Lukacs, concretamente *Histoire et Conscience de classe* (1923), y los trabajos del filósofo y teórico de la literatura rusa Mikhail Bakhtin sobre el *Marxisme et la philosophie du langage* (1929) así como sus análisis históricos de las expresiones de la cultura popular; traducen a Walter Benjamin; descubren *Le Dieu caché: étude sur la vision tragique dans les «Pensées» de Pascal et dans le théâtre de Racine* (1959), del sociólogo de la literatura Lucien Goldmann, y *Questions de méthode* (escrito en 1957 y publicado en 1960), de Jean-Paul Sartre. Comparten con Louis Althusser las cuestiones vinculadas con la naturaleza de la ideología, que ya no se enfoca como simple «reflejo» de la base material, sino que cumple una función activa en la reproducción social. Con Roland Barthes se interesan por la especificidad de lo «cultural» y adoptan una metodología apoyada en la teoría lingüística para abordar la cuestión maestra en aquella época, la de las «lecturas ideológicas». El análisis de las revistas femeninas, de los programas de ficción y de información en televisión, de los discursos de prensa, constituye el corazón de las investigaciones del Centro.

La obra del filósofo marxista italiano Antonio Gramsci, muerto en 1937 en las cárceles fascistas, tuvo en este Centro una influencia más grande que en Francia en medios comparables. La aportación de Gramsci reside sobre todo en su concepción de la hegemonía: la hegemonía es la capacidad que tiene un grupo social de ejercer la dirección intelectual y moral sobre la sociedad, su capacidad de construir en torno a su proyecto un nuevo sistema de alianzas sociales, un nuevo «bloque histórico». La noción de hegemonía desplaza la de clase dominante, cuyo poder residiría por completo en su capacidad para controlar las fuentes del poder económico. En el análisis del poder introduce la necesidad de considerar las negociaciones, los compromisos y las mediaciones. La noción gramsciana testimoniaba de forma precoz el rechazo a asimilar mecánicamente las cuestiones culturales e ideológicas a las de la clase y de la base económica, y volvía a colocar en un primer plano la cuestión de la sociedad civil como distinta del Estado.

Todas estas influencias serán objeto de una apropiación crítica. La originalidad del centro y de la problemática de los *Cultural Stu-*

dies de aquella época consiste en lograr constituir grupos de trabajo centrados en diferentes campos de las investigaciones (etnografía, *media studies*, teorías del lenguaje y subjetividad, literatura y sociedad, por ejemplo) y vincular estos trabajos con las cuestiones suscitadas por movimientos sociales, especialmente el feminismo. El Centro emprende rápidamente estudios sobre las representaciones de la mujer y la ideología de la feminidad. Estas investigaciones, llevadas a cabo en 1968 y 1969, muestran su interés por los estudios sobre el mito de Lévi-Strauss y los primeros trabajos de Barthes. A pesar de la gran influencia de pensadores franceses sobre las metodologías y las problemáticas de los *Cultural Studies*, no se establece en esa época vínculo orgánico alguno entre ambos lados del Canal de la Mancha.

Hacia el estudio de la recepción

El trabajo de Stuart Hall sobre la función ideológica de los medios de comunicación y la naturaleza de la ideología representa un momento importante en la constitución de una teoría capaz de refutar los postulados del análisis funcionalista norteamericano y de basar una forma diferente de investigación crítica en los medios de comunicación.

Su artículo «Encoding/Decoding», redactado hacia 1973, enfoca el proceso de comunicación televisual según cuatro momentos claros (producción, circulación, distribución/consumo, reproducción) que tienen sus propias modalidades y sus propias formas y condiciones de existencia, pero que están articulados entre ellos y determinados por relaciones de poder institucionales. La audiencia es al mismo tiempo el receptor y la fuente del mensaje, porque los esquemas de producción (momento de la codificación) responden a las imágenes que la institución televisual se hace de la audiencia, y a códigos profesionales. Del lado de la audiencia, el análisis de S. Hall define tres tipos de descodificación: dominante, de oposición y negociada. El primero corresponde a los puntos de vista hegemónicos que aparecen como naturales, legítimos, inevitables, el sentido común de un orden social y de un universo profesional. El segundo interpreta el mensaje a partir de otro marco de referencia, de una visión del mundo contraria (por ejemplo, traduciendo el «interés nacional» como «interés de clase»). El código negociado es una mezcla de elementos de oposición y de adaptación, una mezcla de lógicas contradictorias que suscribe en parte las signifi-

caciones y los valores dominantes, pero toma argumentos de una situación vivida (por ejemplo, de intereses grupales) para refutar las definiciones generalmente compartidas. Este artículo ha orientado numerosas investigaciones del Centro sobre la televisión.

Everyday Television, Nationwide (1978), de Charlotte Brunson y David Morley, resultado de una investigación financiada por el British Film Institute (BFI), marca un giro en la producción de estos *media studies*. Después del análisis de los programas de información general, de revistas políticas sobre las grandes cuestiones de sociedad, los *current affairs*, que se dirigen a un público de élite, la atención se centra en emisiones llamadas igualmente de «comunicación política» pero destinadas a un público más amplio, más heterogéneo, en términos de clase y sexo, como el programa *Nationwide*. Es el punto de partida de una reflexión sobre los géneros populares (*situation, comedies*, deportes, variedades, «culebrones», series policíacas). *Everyday Television* pone en marcha la voluntad de explorar la forma en que estos programas de entretenimiento de masas tratan las contradicciones de la vida y de la experiencia de los hombres y mujeres de amplias capas sociales, y participan en la construcción de un sentido común popular, centrándose en el estudio de las representaciones del género femenino/masculino, de la clase social, de los grupos étnicos.

La siguiente etapa ve cómo se acentúa el desplazamiento del estudio de los textos hacia el de las audiencias (véase el capítulo 6. 2).

5. Economía política

La economía política de la comunicación comienza a desarrollarse en los años sesenta. Primero adopta la forma de una reflexión sobre el desequilibrio de los flujos de información y de productos culturales entre los países situados a uno y otro lado de la línea de demarcación del «desarrollo».

A partir de 1975 la gestión de la economía política se abre paso a través de una reflexión no ya sobre la «industria cultural», sino sobre las «industrias culturales». El paso al plural revela el abandono de una visión demasiado genérica de los sistemas de comunicación. En un momento en el que las políticas gubernamentales de democratización cultural y la idea de servicio y monopolio públicos deben afrontar la lógica comercial de un mercado en vías de internacionalización, se trata de entrar en la complejidad de estas diversas industrias para intentar comprender el proceso creciente de valoración de las actividades culturales por el capital.

1. La dependencia cultural

Integración mundial e intercambio desigual

Marx y sus continuadores hablaban del carácter «revolucionario» del capitalismo, cuya ley de supervivencia consiste en trastornar continuamente las fuerzas productivas. En virtud de esa expansión y ese progreso permanentes, este régimen crea, sin saberlo, las condiciones de su propio derrocamiento desarrollando las fuerzas sociales y agudizando las contradicciones. El «desarrollo» de cada sociedad concreta depende primero de la evolución de sus estructuras internas. Cada sociedad pasa obligatoriamente por estadios, y la historia de cada una responde a un «modelo sucesivo».

A esta visión de la historia, economistas e historiadores oponen un modelo sincrónico y simultáneo, objetando que la historia del capitalismo en numerosos países no corresponde con este esquema y que el «desarrollo» no es ineludible. Porque es más bien al «desarrollo del subdesarrollo» a lo que estamos asistiendo en numerosas regiones del mundo. La unidad de análisis del capitalismo moderno no puede ser la sociedad nacional, sino el «sistema-mundo» cuyas naciones sólo son componentes. Esta hipótesis sobre la integración mundial emitida por el economista Paul Baran en 1957 en su *Économie politique de la croissance* coincide con la del historiador Immanuel Wallerstein en diálogo con el concepto de «economía-mundo» de Fernand Braudel.

El concepto de «economía-mundo» se define según una triple realidad: un espacio geográfico dado; la existencia de un polo, «centro del mundo»; zonas intermedias alrededor de este eje central y márgenes muy amplios que en la división del trabajo se hallan subordinados y dependientes de las necesidades del centro. Este esquema de relaciones lleva un nombre: el intercambio desigual. El capitalismo es una «creación de la desigualdad del mundo» [Wallerstein, 1983] y sólo se puede concebir en un espacio desmesurado, «universalista». El mapa de las «redes comerciales», cuyas redes de comunicación constituyen una parte esencial, manifiesta esta configuración centripeta del mundo, con sus jerarquizaciones y la coexistencia de modos de producción diferentes.

La economía política de la comunicación, como resultado de una ruptura de las tesis sobre la historia del capitalismo moderno sostenidas por los clásicos del marxismo, se aleja también del esquema Este/Oeste que ha marcado la sociología norteamericana

de los medios de comunicación. La polarización engendrada por la guerra fría señala las discrepancias que se operan en las ciencias sociales de la comunicación. Lazarsfeld lo reconoce cuando, ante sus colegas de la Asociación norteamericana para la investigación de la opinión pública (AAPOR), inaugura el nuevo campo de investigaciones bautizado como «comunicación internacional» y los incita a reforzar sus lazos con los «grupos e instituciones que son los actores de esta escena social» [Lazarsfeld, 1952]. La visión del espacio internacional como lugar de enfrentamiento entre dos bloques, entre dos ideologías, que estimula la investigación y el desarrollo industrial y militar de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (desde el ordenador hasta el satélite), moviliza también la mayor parte de la investigación funcionalista sobre la comunicación internacional, como lo demuestra con elocuencia la investigación administrativa sobre las radios gubernamentales. La propia aproximación difusionista a los problemas de la comunicación asociada con las estrategias de desarrollo y modernización en el Tercer Mundo es inexplicable sin el trasfondo de esta discrepancia maniquea dictada por el imperativo de la «seguridad nacional» (véase el capítulo 2, 2). Eso explica por qué el análisis funcional confía en la doctrina del departamento de Estado sobre el *free flow of information* calcado del principio intangible de la libertad de circulación de las mercancías, asimilando pura y simplemente la libertad de expresión comercial de los actores privados del mercado a la libertad de expresión sin más.

El imperialismo cultural

La nueva visión del espacio mundial conduce a renovar el estudio de las relaciones internacionales en materia de cultura y comunicación. Suscita numerosas investigaciones que ilustran el intercambio desigual de los distintos productos culturales.

En los Estados Unidos, en lucha en aquel entonces con los conflictos del sudeste asiático y con las luchas contrainsurreccionales en numerosos países del Tercer Mundo, la cuestión de la dependencia cultural nutre la reflexión de un investigador como Herbert Schiller. Su primera obra, *Mass Communications and American Empire*, aparecida en 1969, pero que recoge artículos publicados desde 1965, inaugura una larga serie de investigaciones que, partiendo del análisis de la imbricación del complejo militar-industrial y de la industria de la comunicación, concluye con una amplia denuncia

de la creciente privatización del espacio público en los Estados Unidos. El mismo año Thomas Guback, profesor en la Universidad de Illinois, publica *The International Film Industry*, convertido en un clásico del análisis de las estrategias de penetración de las grandes empresas cinematográficas norteamericanas en los mercados europeos desde 1945. Schiller, profesor en la Universidad de California, cercano a la tradición instituida por Wright Mills, define un concepto que ha estimulado tanto la investigación como la acción, el de «imperialismo cultural»: «El conjunto de procesos por los que una sociedad es introducida en el seno del sistema moderno mundial y la manera en que su capa dirigente es llevada, por la fascinación, la presión, la fuerza o la corrupción, a moldear las instituciones sociales para que correspondan con los valores y las estructuras del centro dominante del sistema o para hacerse su promotor» [Schiller, 1976]. Una de las revistas especializadas más prestigiosas de los Estados Unidos, *Journal of Communication*, fundada en 1950, cambia de orientación bajo la dirección de George Gerbner, profesor en la Universidad de Pensilvania, abriendo ampliamente sus páginas a los debates sobre los grandes desequilibrios mundiales en materia de comunicación y sobre los cambios producidos en las aproximaciones teóricas [Gerbner, 1983].

En los años setenta la perspectiva crítica norteamericana se enriquece con las aportaciones de Stuart Ewen, que publica una historia del dispositivo publicitario que sigue siendo uno de los pocos estudios sobre las bases de la ideología del consumo asociado a cierta idea de la democracia [Ewen, 1976].

En Inglaterra, Peter Golding, de la Universidad de Leicester, emprende una crítica radical de las teorías de la modernización aplicadas a la comunicación. Jeremy Tunstall demuestra que el marco organizativo de los medios de comunicación en el mundo es fundamentalmente norteamericano, mientras que J. O. Boyd-Barrett y Michael Palmer analizan las grandes agencias de prensa internacionales. En el norte de Europa, en Finlandia, la cuestión de la dependencia cultural inspira estudios sobre los flujos internacionales de los programas de televisión [Nordenstreng y Varis, 1974] y en los Países Bajos sobre el *corporate village* y los valores socio-culturales del «complejo comunicativo-industrial» [Hamelink, 1977]. La cuestión de los flujos de noticias motiva los trabajos teóricos del sociólogo noruego Johan Galtung [1971] sobre las nuevas formas del imperialismo. Salvo raras excepciones, Francia ha quedado relativamente ausente de estas investigaciones concretas sobre los medios de comunicación.

América Latina, región proyectada en el corazón de las controversias sobre las estrategias de desarrollo en el enfrentamiento norte/sur, estaba destinada a impulsar la «teoría de la dependencia». Esta teoría conoce numerosas variantes, que dependen de la apreciación del margen de maniobra y del grado de autonomía del que cada nación es acreedora en relación con las determinaciones del sistema-mundo. La ruptura con la sociología funcionalista de los Estados Unidos, iniciada desde comienzos de los años sesenta, se consuma definitivamente con una generación de investigadores críticos [Pasquali, 1963; Schmucler, 1974; Capriles, 1976; Beltran, 1976; Beltran y Fox, 1980]. Intentos originales de cambio social, como el del presidente socialista Salvador Allende en Chile (1970-1973), ponen a la orden del día la política de democratización de la comunicación [Mattelart A., 1974; Mattelart M., 1986].

Si América Latina va a la vanguardia en este tipo de estudios es, en efecto, porque allí se desencadenan procesos de cambio que hacen vacilar las viejas concepciones de la agitación y la propaganda y porque, en esta región del mundo, el desarrollo de los medios de comunicación es entonces bastante más importante que en las demás regiones del Tercer Mundo. América Latina no es sólo un lugar de una crítica radical de las teorías de la modernización aplicadas a la difusión de las innovaciones en relación con los campesinos en el marco de las tímidas reformas agrarias, a la política de planificación familiar o a la enseñanza a distancia, sino que produce también iniciativas que rompen con el modo vertical de transmisión de los «ideales» del desarrollo. Lo atestigua la obra del brasileño Paulo Freire (1921-1997), *Pedagogía de los oprimidos* [1970], que tuvo una profunda influencia en la orientación de estrategias de comunicación popular y un esplendor mundial. Esta pedagogía parte de la situación concreta en la que vive su receptor, para hacerla emerger progresivamente como fuente de conocimientos en un intercambio recíproco entre educante y educado. Hay que señalar que América Latina muy pronto y constantemente se ha distinguido por su reflexión sobre el vínculo entre comunicación y organización popular.

La Unesco y el nuevo orden mundial de la comunicación

Sostenido por el movimiento de los países no alineados, el debate sobre los desequilibrios de los flujos y los intercambios alcanza al conjunto de la comunidad internacional en los años setenta,

década del «nuevo orden mundial de la información y la comunicación» (NOMIC). La Unesco es su principal lugar de expresión. El debate sobre la «comunicación en sentido único» que caracteriza las relaciones norte/sur, entablado desde 1969 bajo la presidencia del francés Jean Maheu, desemboca en 1977, bajo la presidencia del senegalés Amadou Mahtar M'Bow, en la creación de una Comisión internacional para el estudio de los problemas de la comunicación. Tres años más tarde, se publica la versión final del informe de esta comisión presidida por el irlandés Sean MacBride, al mismo tiempo fundador de Amnistía Internacional, premio Nobel y premio Lenin de la paz. Se trata del primer documento oficial emitido bajo los auspicios de un organismo representativo de la comunidad internacional que reconoce y expone claramente la cuestión del desequilibrio de los flujos y que reflexiona sobre las estrategias que han de ser puestas en marcha para ponerle remedio (múltiples trabajos y conferencias sobre las «políticas culturales» y las «políticas nacionales de comunicación» se realizaron en este marco).

Numerosos factores hacen zozobrar el resultado de los debates y los convierten en un diálogo de sordos: intransigencia de la América reaganiana pretendiendo imponer a cualquier precio su tesis del *free flow of information*; violento choque de los intereses de los países del Sur, que luchan por su emancipación cultural nacional, y de los de los países del «bloque» comunista, que hábilmente utilizan estas peticiones para oponerse a cualquier apertura de sus propios sistemas de comunicación de masas; contradicciones en el propio seno del movimiento de los países no alineados, algunos de cuyos Estados utilizan estos debates internacionales como coartada para legitimar sus propias carencias y compromisos en su territorio nacional. A pesar de estos límites, estos debates y los estudios que siguen lanzan un grito de alarma sobre el intercambio desigual de los flujos de imágenes y de informaciones, y se hacen oír voces de esa parte mayoritaria del mundo cuya realidad se da a conocer con demasiada frecuencia a través de los filtros de los estudios realizados por los expertos de los grandes países industriales. Durante la década de los setenta, las referencias de la sociología de la modernización de origen norteamericano, dominantes en los hemisferios internacionales, fueron desplazadas por las representaciones del desarrollo formuladas por aquellos que se convertían en sus sujetos. Desde luego, la discrepancia de las tesis presentes favoreció demasiado a menudo una visión bipolar del planeta, un norte dominante y dominador y un sur sometido. Se silenciaron

los procesos de mediación y los mediadores y, con ellos, lo que hace complejo el enfrentamiento, el «choque cultural», diría Edward T. Hall, entre las culturas singulares y el espacio-mundo. En 1985 los Estados Unidos, invocando la deriva hacia una «politización» de los problemas de comunicación, se retiran de la Unesco, seguidos rápidamente por Inglaterra. Los años ochenta ven emigrar la cuestión de la regulación de las redes y de los intercambios hacia organismos con vocación más técnica como el GATT (Acuerdo general sobre las tarifas aduaneras y el comercio) (véase el capítulo 7, 2).

2. Las industrias culturales

La diversidad de la mercancía

En Europa, en la segunda mitad de los años setenta, aparece el segundo foco de la economía política de la comunicación. La cuestión de las industrias culturales ocupa el lugar central y los investigadores franceses cumplen una función capital. Su gestión es en general resueltamente crítica.

En 1978 se publica la obra del equipo de investigación animado por Bernard Miège, titulado *Capitalisme et Industries culturelles*. Los autores reflexionan sobre la naturaleza de la mercancía cultural e intentan responder a la pregunta: «¿Qué problemas específicos encuentra el capital para producir valor a partir del arte y la cultura?». Refutan la idea, muy estimada por la escuela de Frankfurt, según la cual la producción de la mercancía cultural (libro, disco, cine, televisión, prensa, etc.) responde a una única y misma lógica. Para ellos, la industria cultural no existe en sí: es un conjunto compuesto, hecho con elementos que se diferencian extraordinariamente, con sectores que tienen sus propias leyes de estandarización. Esta segmentación de formas de rentabilización de la producción cultural por el capital se traduce en las modalidades de organización del trabajo, en la caracterización de los propios productos y su contenido, en las formas de institucionalización de las distintas industrias culturales (servicio público, relación público/privado, etc.), en el grado de concentración horizontal y vertical de las empresas de producción y distribución o incluso en la forma en que los consumidores o usuarios se apropian de los productos y servicios.

Les Industries de l'imaginaire [1980] de Patrice Flichy se dedica a analizar esa «cultura de oleada», ese *continuum* de programas

en el que cada elemento cuenta menos en sí mismo que por el conjunto de la programación ofrecida, que caracteriza la economía de lo audiovisual. Interesándose tanto por las industrias del *hardware* (contenedor) como por las del *software* (contenido), el autor aborda la formación de usos sociales de las máquinas de comunicar, la transformación de innovaciones tecnológicas en mercancías, renovando así las bases de una historia de las técnicas. Anteriormente algunas investigaciones habían analizado la intersección de los planes tecno-económicos y político-culturales para desvelar los entresijos políticos del hecho industrial y las bases industriales de un nuevo sistema de control social. Por otra parte, insistiendo en la articulación entre el nivel nacional y el nivel multinacional, estas investigaciones enunciaban los límites del concepto de «imperialismo cultural», entonces en boga [Mattelart A., 1976; Mattelart A. y M., 1979; Mattelart A. y Piemme, 1980; Mattelart A. y M. y Delcourt, 1983].

En 1978 se produce un cambio en las esferas gubernamentales europeas. La noción de «industrias culturales», adoptada por los ministros europeos de Cultura reunidos en Atenas, hace su entrada en los enunciados administrativos de un organismo comunitario europeo: el Consejo de Europa.

En los años ochenta esta problemática de las industrias culturales alcanza distintas realidades académicas. Concretamente Québec [Lacroix y Lévesque, 1986; Tremblay, 1990] y España [Bustamante y Zallo, 1988]. Desde los años de la dictadura franquista algunos sociólogos habían sentado las bases de una investigación crítica [Gubern, 1972; Moragas, 1976; Serrano, 1977].

La economía política pretendía remediar las carencias de la semiología de primera generación, pendiente ante todo de los discursos en cuanto conjuntos de unidades encerradas sobre sí mismas que contienen los principios de su construcción. Implícita en Francia, esta finalidad de la economía política resulta francamente explícita en Gran Bretaña, otro polo de la expresión de esta corriente. Allí la economía política estimula una polémica abierta con la corriente de los *Cultural Studies*, acusada de autonomizar el nivel ideológico [Garnham, 1983]. La revista *Media, Culture and Society*, creada en 1979, abre sus páginas a esta discusión.

En 1977, el canadiense Dallas Smythe publica un artículo provocador sobre la «obnubilación» (*Blindspot*) de la investigación crítica europea en relación con la lógica económica de la televisión, y denuncia los perjuicios resultantes de las teorías que sólo la consideran un lugar de producción de estrategias discursivas, de ideo-

logía. Smythe expone la idea contraria de que la televisión es ante todo, en el contexto que sea, un «productor de audiencias vendibles a los publicistas», y de que, en el capitalismo contemporáneo, la audiencia constituye la forma de mercancía de los productos de comunicación. El investigador británico Nicholas Garnham le replica que esta posición supone conducir a un callejón sin salida en lo tocante a la dimensión política y cultural de la televisión, tan constitutiva como su lógica económica [Garnham, 1979]. El debate era tanto más pertinente cuanto confrontaba dos experiencias y dos modos de institucionalización del medio de comunicación electrónico: el régimen comercial y el servicio público, en un momento en el que se anunciaban en Europa los primeros signos de liberalización y privatización de lo audiovisual. Este debate se había iniciado ya en Italia, donde la temprana liberalización del servicio público había precipitado la reflexión de investigadores reunidos en torno a la revista *Ikon* [Cesareo, 1974; Grandi y Richeri, 1976; Wolf, 1977].

De un sector industrial a la «sociedad global»

El concepto de «sociedad de masas», asociado al de cultura de masas, había sido durante largo tiempo la referencia maestra de las controversias sobre la naturaleza de la modernidad de los medios de comunicación. A partir de finales de los años sesenta, pierde esta condición de exclusividad: le suceden nuevas apelaciones para caracterizar la sociedad obsesionada por las tecnologías de la información y la comunicación. Estos neologismos cubren otras tantas argumentaciones, doctrinas y teorías sobre el devenir de nuestras sociedades.

Lo «global» hace su entrada en la representación del mundo por intermedio de la comunicación electrónica. Dos obras, ambas publicadas en 1969, consagran la noción: *War and Peace in the Global Village*, de Marshall McLuhan (en colaboración con Quentin Fiore), y *Between Two Ages, America's Role in the Technetronic Era*, de Zbigniew Brzezinski. El primero describe el efecto-televisión de la guerra de Vietnam, «primera guerra televisual»: con este conflicto, al que asisten en directo todas las familias norteamericanas desde su comedor, las audiencias dejan de ser espectadores pasivos para convertirse en «participantes», y la dicotomía civiles/militares se desvanece. En tiempos de paz, el medio de comunicación electrónico arrastra hacia el progreso a todos los territorios no indus-

trializados. El imperativo técnico ordena el cambio social. La «revolución de las comunicaciones», eslógan que nace al otro lado del Atlántico, se encarga de socavar las últimas utopías de revolución política. La idea del «final de las ideologías», muy estimada por Daniel Bell, encuentra así un relevo en las representaciones colectivas. La «aldea global» empieza entonces su carrera en lo imaginario del «todo-planetario», y a partir de allí la noción acompañará cada gran apocalipsis mundial, cada «mundovisión». La guerra del Golfo lo confirmó, aunque, en realidad, la información fue controlada por los expertos militares.

El politicólogo Z. Brzezinski, director del Instituto de investigaciones sobre el comunismo en la Universidad de Columbia, prefiere la expresión «ciudad global». La connotación de la vuelta a la comunidad y a lo íntimo, vinculada con la aldea, le parece poco adaptada al nuevo entorno internacional, ya que el entramado de las redes de esta sociedad que él bautiza «tecnocrónica», fruto del cruce del ordenador, el televisor y las telecomunicaciones, está transformando el mundo en un «nudo de relaciones interdependientes, nerviosas, agitadas y tensas», y por tanto aumenta el riesgo de aislamiento y de soledad para el individuo. En su opinión la primera «sociedad global» de la historia sin duda existe ya: son los Estados Unidos. Principal propaganda de esta «revolución tecnocrónica», esta sociedad «comunica» más que cualquier otra ya que (advierte) el 65 % del conjunto de las comunicaciones mundiales tienen allí su fuente. Es la única que propone un «modelo global de modernidad», esquemas de comportamiento y valores universales, pero también a través de sus «técnicas, sus métodos y sus prácticas de organización nuevos». Enfrente, en el momento en que escribe Brzezinski, en el bloque dominado por la otra superpotencia, sólo se encuentran sociedades de penuria que «segregan el tedio». Esta noción de ciudad y de sociedad global deja obsoleta la vieja noción de «imperialismo» para designar las relaciones de los Estados Unidos con el resto del mundo. La «diplomacia de la cañonera» pertenecería al pasado; el futuro sería de la «diplomacia de las redes».

En 1977 Marc Uri Porat, economista norteamericano de origen francés, publica un informe financiado por el gobierno de los Estados Unidos, primer estudio oficial que mide el peso de la economía de la información en la sociedad norteamericana: desde 1966 la información representaba el 47 % de la fuerza de trabajo y más o menos la misma proporción del producto nacional bruto. Estas cifras no han podido sino aumentar. Porat reparte la «información» en tres categorías fundamentales: la información finanza, seguros,

contabilidad y el conjunto almacenado en las bases y bancos de datos; la información cultural (alimentada por los productos de las industrias culturales); la información conocimiento o el conjunto de los saberes (diploma, *management*, consejo, etc.). El economista norteamericano Fritz Machlup, especialista en el estudio de las balanzas de pago, había emprendido en 1962 la valoración de la importancia para la economía norteamericana de las actividades de información agrupadas en lo que él llamaba *the knowledge industry*.

En estos años setenta los informes oficiales sobre el futuro de la «sociedad de la información» se acumulan en los grandes países industriales. En 1978 se publica *L'Informatisation de la société*, redactado por Simon Nora y Alain Minc. Inaugurando el término «telemática» (que traduce la interpenetración creciente de los ordenadores y las telecomunicaciones), este informe propone contar con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación para salir de la crisis económica y política calificada de «crisis de civilización». Gracias a un «nuevo modo global de regulación de la sociedad», el «sistema nervioso de las organizaciones y de la sociedad entera» debería «recrear un ágora informativa ampliada a las dimensiones de la nación moderna» y dejar florecer el «desarrollo de la sociedad civil». Pero advierten que el peligro viene del exterior. No dejar en manos de las sociedades norteamericanas la tarea de organizar los bancos de datos, esta «memoria colectiva», es un «imperativo de soberanía».

Así, se han ido operando progresivos desplazamientos: desde una significación centrada sobre todo en los medios de comunicación, la comunicación poco a poco ha ido revistiendo una definición totalizadora, cruzando tecnologías múltiples destinadas a estructurar una «nueva sociedad». En Francia, el coloquio «Sciences humaines et télécommunications» marca la introducción en la investigación sociológica de los temas suscitados por las telecomunicaciones. Organizado en París en abril de 1977, por iniciativa del Centre national d'études des télécommunications (CNET) en colaboración con el Centre national de la recherche scientifique (CNRS), asocia a investigadores e ingenieros de telecomunicaciones con expertos norteamericanos como Marc Uri Porat e Ithiel de Sola Pool. En las actas editadas con el título *Les réseaux pensants* [Giraud y otros, 1978] hay una contribución que desentona: la de un joven investigador, Yves Stourdézé, desaparecido prematuramente algunos años más tarde, sobre la «Genealogía de las telecomunicaciones francesas». Rompiendo con una orientación estrictamente económica,

introduce reflexiones sobre el clima filosófico, cultural e institucional que explica las formas asumidas por el monopolio público en Francia a lo largo de la historia y muestra cómo la innovación técnica en materia de comunicación ha estado en gran parte condicionada por este contexto histórico que ha cristalizado en sistemas de representación del poder, actitudes mentales y prácticas administrativas.

La mayoría de las intervenciones consagraba la idea de una sociedad que se ha vuelto transparente en virtud de la «economía informativa». Se trataba de una variante del mito técnico que el filósofo Jacques Ellul (1912-1994), aislado e inclasificable en el panorama teórico francés, había sentido desde los años cincuenta en su obra *La Technique ou l'enjeu du siècle* [1954] y sobre el que volvía, precisamente en 1977, en *Le système technicien*. Ellul insistía en el hecho de que la técnica, que había pasado de la condición de instrumento a la de creadora de un medio artificial, resultaba en adelante un «sistema» gracias a la conexión intertécnica posibilitada por la informática. Según él, era urgente reflexionar sobre la función de regulación social que la técnica había asumido.